

EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 30 de Julio de 1899.

Número 5



GRAZIELLA.

CUADRO DE EUGENIO BLAAS.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Un día la curiosidad abre un arcón mucho tiempo cerrado. Y dentro de él se encuentran chucherías curiosas, telas amarillentas, objetos raros, flores secas, paquetes de cartas, monedas antiguas. Esta exhibición despierta entre nosotros no sé qué extraños sentimientos de apacible melancolía. Se reconstruye el pasado, se dibuja en la fantasía un cuadro vivo, se hace la novela de toda una vida, y de sueño en sueño, se llega á resucitar una época. Es una sensación deliciosa, tenue y vaga, semejante á la que experimentamos cuando en la noche, al abrir la ventana de un jardín, vemos á lo lejos brillar un traje de mujer en un claro de luna.

Oyendo música antigua nos asalta igual emoción, es una arca que guarda las melodías pasadas de moda, temas arcaicos y aires envejecidos. Esa música tiene algo del perfume de lo viejo, un perfume exquisito de rosas muertas. Escuchándola, revivimos una época.

Y sin embargo, nos fatiga, y más que nos fatiga, nos aburre la monotonía de estas partituras escritas para nervios más sanos. Son pastoriles. Nos parecen una égloga de Virgilio acompañada con zampoñas. No nos conmueven ni nos interesan ya. La sencillez toca en muchas partes con la trivialidad y origina el fastidio. Y el fastidio es padre del bostezo.

En general, los argumentos de estas óperas están hechos para campesinos de la Arcadia. Tienen el clasicismo meloso y falso de las tragedias del siglo décimo octavo. Vemos aparecer griegos y romanos de pantomima.

La música suele tener bellezas, delicadas melodías, pasajes inspirados, graciosas combinaciones, pero todo viejo y desteñido como un girón de seda antigua.

En una sala, entre amigos, frente á una taza de té y una nube de humo, nos deleitarían esas obras, á fragmentos. En un teatro nos desesperan. Hay mucha *floriture* y mucha filigrana en esa música, pero lo que no hay es emoción, arranque, pasión, polifonía, todo lo que necesita nuestro complicado espíritu moderno.

Esto pensaba yo, escuchando con una atención complicada de hastío, varias escenas de las de *Saffo* de Pacini, representadas mucho ha en el escenario del Nacional.

A fuer de sincero debo declarar que ya apenas me seducen esas excursiones artísticas, en las cuales, por una sugestión inexplicable, tal parece que el alma rejuvenecida y alada, toma de nuevo el brío de las alas nuevas y recién emplumadas. ¡Qué cosas tan raras, tan sutiles, nos van diciendo esas arias interminables, esos dúos melifluidos, esos concertantes de sencillez y pueril armonía! Nos dicen: ¿te acuerdas?

Eramos el aire gárrulo de tu espíritu en primavera. Nosotros fuimos los que despertamos tus pasiones dormidas, nosotros, los que echamos vaho azul en los paisajes de tus sueños, los que arrullamos tus primeras esperanzas, los que tejimos una hamaca de dulces melodías y la clavamos en las estrellas para que se columpiaran tus amores en la diafanidad de los cielos. Ahora nos desdeñas, nos desconoces, nos recibes con una sonrisa de burla y un gesto de desprecio; pero por más que hagas para olvidarnos, ahí están como púas laciales, en la penumbra de tu memoria, los recuerdos de tu vida inquieta y feliz, los recuerdos que avivamos á nuestro paso, como sopla el aire y aviva la llama en el mal apagado rescoldo. Mientras nos oyes con tu apariencia indiferente y aburrida, tu pensamiento teje y desteje la tela de Penélope de aquella estrofa empolvada:

Esa es mi juventud que desfallece,
es mi ilusión que canta;
mi primer desengaño que aparece
y mi primer amor que se levanta.

¡Operas viejas, fastidiosas melodías, aires sencillos, temas sentimentales, idos en paz; no os amamos ya; sois nuestra desesperación y nuestro recordamiento, y nos obligáis á pensar en cosas lejanas y tristes de las que ya no queremos acordarnos!

Ha cesado, por algunas horas, la monótona decoración del horizonte, durante los crepúsculos lluviosos.

Las noches de Julio han sido grises, de esas en que, como dice un poeta, la luna corre detrás de las cortinas cenicientas, que se rasgan de trecho en trecho para filtrar la luz de los astros; noches con pocas estrellas, semiahogadas en la cerrazón húmeda de los campos, silenciosas como las quimeras de los soñadores, noches de las almas buenas en las que el cielo semeja el dombo de un templo gigantesco, donde los luceros arden como si fueran blandones que alumbraran las criptas azules de los ángeles muertos.

Pero las tardes han sido monótonas y frías, metidas en agua, con su fango obscuro y su llovizna persistente.

Unas cuantas horas, sin embargo, el miércoles, al acabar el día, sobre la placa de plomo del Oriente,

enciendieron dos arco-iris triunfales, tan radiosos y vivos, que la fangosa ciudad pareció, de pronto, como vista á través de un gran prisma de cristal. El sol, entonces, desde el ocaso, hizo estupendas maravillas de su oro: lo arrojó en placas y florones sobre los muros, sobre los cristales, sobre los charcos, lo deshiló en redes sutiles y deslumbradoras sobre todos los objetos, hizo grandes mariposas de los murciélagos, de los paraguas, y pavonadas salamandras de los carruajes.

México fué, por breves instantes, una feérica ciudad de Cuentos de Hadas, como las que se imaginó Luis de Baviera en sus nebulosos ensueños.

He visto en los periódicos la inacabable discusión, refrescada por asuntos teatrales del género chico: para la época moderna vale ser poeta en el alto sentido de la palabra?

Y me he puesto á leer una y cien veces la irónica página de un libro inmortal:

«Un día, M. Jourdain, ya todo un *mamamuchi*, y habiendo aprendido la ortografía, llamó á su casa á los escritores más ilustrados del siglo. Se acomodó en un sillón, les señaló con el dedo sillas de tijera, y les dijo:

—Señores: He leído vuestros chascarrillos, me han divertido y quiero daros trabajo. Se lo he dado últimamente á vuestro colega, á Lullí. A petición mía he introducido en los conciertos la trompa marina, instrumento armonioso en que nadie se habrá fijado aún y que es de gran efecto. Deseo que sigáis mis ideas como las ha seguido él, y os encargo un poema en prosa.

Ya sabéis que todo lo que no es prosa es verso y que todo lo que no es verso es prosa. Cuando yo digo: «Nicole, trádmelas zapatillas y dadme el gorro de dormir,» hago prosa. Tomad esta frase por modelo. Ese estilo es mucho más agradable que la jerigonza de renglones sin acabar que llamáis versos. En cuanto al asunto, seré yo mismo. Pintaré la bata rameada que acabo de ponerme para recibirlos y el trapecillo de pana verde que llevo debajo para mis ejercicios durante la mañana. Apuntaré que la india cuesta á un luis la vara. Esa descripción bien perfeccionada se presta á toques de muy buen viso, y enseñará al público el precio de las cosas. Quiero que habléis también de mis espejos, de mis alfombras y colgaduras. Mis proveedores os darán la nota; no dejéis de insertarla en vuestra obra. Me gustará volver á ver allí al natural, con todos sus pelos y señales, el establecimiento de un padre que vendió paño á los amigos por servirles, la cocina de mi criada Mistle, las habilidades de Bronsquet, el perrillo de mi vecino M. Dimanche. También podréis explicar mis asuntos domésticos; nada más interesante para el público que saber cómo se gana un millón. Por eso os pagaré generosamente á medio luis la vara de escrito. Volved dentro de un mes y enseñadme lo que hayáis sacado de mis ideas.» ¡Oh, M. Jourdain, eres eterno!

La Sociedad Chihuahuense celebró una de sus simpáticas fiestas.

Estos famosos bailes tienen el atractivo de prender las alas del tiempo con los clavos áureos de la alegría. Tal vez ningún círculo en México posea como éste en tan alto grado la facultad de inspirar el contento sano y el placer tranquilo. Hé aquí por qué todas las mujeres hermosas y jóvenes se dan cita allí.

La fiesta de la Sociedad Chihuahuense no tiene más que un defecto: que no es interminable, y que la Aurora se encarga de decir á los invitados:

—Señores, es hora ya de descansar, dormid un poco.



EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

- 1.—LA CONFERENCIA DE LA PAZ: SU PROXIMA CLAUSURA; SUS ACUERDOS DEFINITIVOS, LOS EXPLOSIVOS, EL DESARME PARCIAL, LA CORTE DE ARBITRAMIENTO.—INTERES DE LAS POTENCIAS MILITARMENTE INFERIORES EN ESOS ACUERDOS.
- 2.—LA SITUACION GUBERNAMENTAL EN FRANCIA: VIDA NECESARIAMENTE PRECARIA DEL MINISTERIO; LOS OBSTACULOS CASI INSUPERABLES; LOS SOCIALISTAS Y EL EJERCITO; LOS SOCIALISTAS Y LA LIBERTAD ABSOLUTA DE LA PRENSA; REFORMAS INDISPENSABLES
- 3.—L'AFFAIRE.

Está á punto de disolverse la conferencia de la Haya; á pesar del secreto oficial de sus deliberaciones, casi todo se ha traslucido, y el público sabe ya á qué atenerse en lo que toca á conclusiones generales. Los periódicos del mundo entero han publicado memorias

de los delegados, extractos de sus discursos, etc. Mucho quedará pendiente después de firmada el acta general y será necesaria otra conferencia que podrá partir de una base mucho más sólida que la que hoy ha servido para las labores de la conferencia: la circular del ministro del Tsar, conde Muraviev que, interpretando la augusta idea de su soberano, formula puros *desiderata*. En la próxima conferencia las resoluciones de hoy podrán ser completadas; ojalá que no corra entre ella y la que va á clausurarse el lapso de tiempo que entre la de Bruselas y la actual.

Sea lo que fuere, el concilio internacional de la Haya abrirá una época nueva en la historia del derecho de gentes y resulta, ciertamente, un homenaje á la gran memoria de Hugo de Groot, el haber escogido su tierra natal para reunirlos. Pueden considerarse, á más de la sanción de muchas de las minuciosas y eminentemente humanitarias reglas de Ginebra y Bruselas, sobre protección á los heridos y reconocimiento de derechos á los que defienden el territorio sin ser soldados, como obtenidos en principio estos puntos de magno interés: no se hará uso en la guerra de proyectiles que causando el mismo efecto que los ordinarios (poner á un hombre fuera de combate) hagan crueles y dolorosas las heridas; como entre estos proyectiles estaban comprendidos las balas de envoltura metálica, como las *dum-dum*, ingleses y americanos reservaron su voto: ya sabrán á qué atenerse los negros africanos y los tagalos de Luzón. Resultado incompleto pues. Otro punto: la reducción ó, mejor dicho, el *statu quo* de los efectivos de guerra.

Como era este el punto principal de la iniciativa de Nicolás II que, en realidad, no habló de desarme, sino de suspensión de armamentos, y como grandes y pequeños, lo mismo ingleses que suizos, estaban dispuestos á enterrar el magno pensamiento, hubo necesidad de hacerle solemnes funerales. El delegado ruso Gilinski invitó, no á votar, sino á deliberar sobre el asunto, el delegado holandés Den Beer Portugael, hizo ciertas reflexiones favorables al designio imperial y le salió al encuentro, era de esperarse, el coronel Schwarzhoff delegado técnico alemán. «Mi patria, dijo en resumen al general Beer Portugael, no necesita suspender sus armamentos para prosperar y es un hecho indubitable, aunque parezca asombroso, que á compás del aumento de los ejércitos alemanes y de su incesante perfeccionamiento la prosperidad general, el comercio, la industria, el trabajo remunerado, en suma, han ascendido constantemente.» Entre paréntesis, este argumento del delegado alemán, muy jugado y manoseado por todos los partidarios de la guerra, es un sofisma; hay relación posible de causa á efecto entre el fenómeno militar y el fenómeno económico en Alemania? No sin duda; son simples fenómenos concomitantes; valía la pena, entonces de investigar si, sin el crecimiento de la producción militar, la producción industrial, debida á la ciencia, es decir, á la transformación de los medios productores, no sería cinco veces mayor de lo que es y no habría permitido á Alemania fundar algunas Alemanias coloniales; único medio que tiene la civilización europea de contrarrestar el avance mercantil de los asiáticos, el peligro amarillo que, al mediar el próximo siglo, habrá hecho icterico al mundo. Y cuando el orador dice que en su país el bienestar común aumenta y el tipo de vida (*standard of life*) se eleva día á día, todos nos figuramos lo que cincuenta oradores socialistas compatriotas suyos tendrían que responderle.

Después de probar que era nulo el argumento tomado del cansancio y de la anemia nacional, el impugnador del pensamiento del Tsar se encaró, muy cortés, pero muy resueltamente, con el ruso Gilinski. La cuestión de los armamentos, dijo, no es una cuestión aislada, es muy compleja y está tan íntimamente ligada con otras, como el grado de instrucción, la duración del servicio, el número de los cuadros, los efectivos de las unidades de tropa, la colocación de los cuerpos, de las plazas fuertes, etc., que es imposible detener el mecanismo de esta maquinaria sin exponerla á serias averías; á más de esto las necesidades de los ejércitos coloniales, etc., demuestran que no podría oponerse á una obra eminentemente nacional una convención internacional.

Esto dijo, en extracto, Alemania; Francia, por el órgano de León Burgeois que, intelectualmente, ha hecho, en compañía del profesor Martens, el primer papel quizás en la conferencia, Francia contestó: «También yo soporto sin mal humor (*allegrement*) las cargas formidables de mi situación militar y el año entrante mostraremos al mundo que no ha desmayado nuestra actividad, ni ha mermado nuestra situación económica. Pero es indudable, y debe de creerlo así el delegado alemán, que si los recursos considerables destinados á sostener nuestros servicios militares estuviesen al servicio de la prosperidad de cada nación, ésta adquiriría mucha mayor rapidez. Es necesario, agregó M. Bourgeois, que el mundo sepa que si mi país estuviese llamado á votar sobre este punto votaría por la afirmativa. Y si es una dolorosa necesidad vernos obligados á renunciar hoy por hoy á un acuerdo positivo é inmediato sobre esta proposición, debemos intentar probar á la opinión pública que hemos examinado sinceramente el problema formulado ante nosotros. Y no habremos trabajado en vano, si

al precisar sus términos generales, indicamos el fin hacia donde deseamos unánimemente, así lo espero, ver dirigirse á todos los pueblos civilizados.»

De las elocuentes palabras del delegado francés, surgió la proposición, por él redactada, que expresa el *desideratum*, el ideal de futuro desarme, diremos así, de la conferencia de la Haya y que el último martes nos transmitió el cable.

En realidad, la constitución de un tribunal de arbitramento permanente, aunque sólo condicionalmente obligatorio, es el resultado más trascendental de la conferencia; de ello no hablaba la circular del ministro del Tsar y, sin embargo, puede decirse que es lo que ha concentrado los esfuerzos de los delegados y la atención, un poco sorprendida, del mundo civilizado. Ese tribunal se llamará «*Cour permanente d'arbitrage*», porque la palabra *corte*, indica según la opinión de Mr. Pauncefote admitida por los delegados, una categoría superior á todo otro cuerpo judicial y, sin duda, podría acaecer que la corte de arbitramento tuviese que decidir entre las opiniones de los más altos representantes del poder judicial de dos naciones en conflicto. Esta Corte se someterá á un código de procedimientos que ha redactado ya la sección correspondiente de la conferencia, sobre un proyecto ruso que contenía veintiseis artículos y que acaso al publicarse estas líneas nos será ya conocido. Los pueblos de segunda importancia, desde el punto de vista internacional, como nosotros, tenemos un interés magno, supremo, en estos capítulos de la convención de la Haya; los débiles militar, no patrióticamente considerados, y entre ellos estamos nosotros, tenemos que ganarlo todo, en cuanto tentativa de poner al derecho un reparo contra la fuerza, encuentra la eficaz garantía del mundo civilizado. Nada tendremos que temer entonces y podremos consagrarnos no sin vigilancia, pero sí sin perenne recelo, á la obra de nuestra reconstitución económica, porque si nuestro derecho ha de ser siempre respetado, seremos siempre respetados, porque jamás, jamás saldremos del derecho; es nuestro terreno, en él hemos vivido siempre.

Y es una fortuna que quienes hayan tomado parte principalísima en cuanto á esta cuestión atañe, sean los delegados americanos, á quienes los mejicanos tenían instrucción, no de subalternarse como malignamente se ha dicho, sino de incorporarse en cuanto no creyeran incompatible con nuestro interés nacional. Es una fortuna porque indica que entre ellos y nosotros la palabra definitiva tocará siempre á la justicia.

Así sea; la obra es buena, y los delegados en la Conferencia pueden tomarse unos días de vacaciones mientras su comité de redacción prepara el *acta general* que todos deben firmar, y revestir, las naciones representadas en la Haya, de su sello soberano antes de terminar el año.

Cuando el asunto Dreyfus entre de lleno en el período defervescente, que ha comenzado ya; cuando, después de la sentencia del consejo de guerra de Rennes, el ministerio conservador-liberal-socialista creado por la necesidad, de que fué enérgico intérprete M. Waldeck-Rousseau, haya hecho frente á las consecuencias inmediatas del fallo y sometido á un juicio á los militares que por creerse en el deber de fraguar la prueba, que no existía, de la culpabilidad de Dreyfus, de que tenían convicción fortísima, de esas que inspira la antipatía, han realizado una de las mayores iniquidades de que los anales judiciales hacen mención; cuando reunidas en Noviembre las cámaras reanuden sus tareas normales, ya desgarradas las nebruras del horizonte por el faro de la Torre Eýfel que indica el puerto de la Exposición en el agitado océano de la política republicana; cuando—y basta de cuandos—cuando todo esto y otras cosas sucedan, el gobierno se disolverá y un ministerio Meline-Poincaré-Gallifet ó Poincaré-Gallifet-Bourgeois, ó algo así, podrá surgir y acaso podrá durar.

Los puntos determinantes de la disgregación espontánea del Gabinete son tantos, que para el observador que quiera preverlos no existe más que la *difficulté du choix*. De los mismos actos del gobierno, respecto de los generales, vendrá la escisión y la discusión; claro es que el actual jefe supremo del ejército no ha de querer desarmarlo privándole de algunas de sus mejores cabezas; tendrá la tendencia de reducir á un *minimum* las responsabilidades. M. de Gallifet hasta hoy ha cumplido al pie de la letra su programa: no tolerará ni que el ejército sea insultado, ni que el ejército sea indisciplinado; y ya hemos visto qué mano tan firme ha asentado sobre las eminencias militares empeñadas en infringir la regla; la casi destitución del general de Negrier, sobre todo, ha hecho gran efecto: este oficial superior era, por sus méritos, por su bravura, por su feliz audacia en las campañas de Asia, por su carácter mismo, un ídolo de los soldados, y creyéndose intangible, se permitió censurar al gobierno; si éste se hubiese mostrado débil estaba perdido; mas no ha sido así, y todos los hombres sensatos aplauden. El ejército francés, en tiempo de Napoleón III, estaba enfermo de abusos y corruptela,

y ya sabemos lo que sucedió; el ejército de hoy está enfermo de política y de vaga aspiración al pronunciamiento; es preciso desinfectarlo enérgicamente.

Pero no destruirlo, y los socialistas á esto tienden, y Gallifet no lo habrá de consentir, y llegado el caso se retirará; W. Rousseau le seguirá, si los exaltados llegasen á arrastrar en pos suya á la mayoría desorientada de la Cámara, ó Waldeck-Rousseau pasará por las exigencias socialistas y será su prisionero, y el jefe del gabinete será, en realidad, Millerand y comenzará la más tremenda aventura con que en su vida azarosa haya tropezado la República: la constitución de un gobierno enemigo de las bases legales é históricas de la actual sociedad francesa.

Afortunadamente no es posible creer en una mayoría capaz de apoyar un ministerio socialista; al cabo de un siglo, éste sería el verdadero aborto de la Revolución francesa, que trató de fundar una democracia y una libertad, no una tiranía, no la más terrible y abominable de las tiranías. Si sobre este punto viene la crisis, ya podrá encontrarse quiénes substituyan á los ministros actuales dentro de los elementos de gobierno del partido republicano liberal; ahora no sería lo mismo; ahora, como ha dicho muy bien M. René Goblet, una crisis ministerial no tendría salida y se convertiría en crisis presidencial, gravísimo peligro para la República.

Algo hay, por desgracia, que va á hacer más difícil y complicada la liquidación de *V'affaire* después del fallo de Rennes: el martirio de Dreyfus en Guayana. Los telegramas hablan de un artículo, sensacional por extremo, publicado por *L'Aurore*, el órgano del ardiente veterano de la palabra, de la intriga y de la audacia que es el Dr. Clemenceau, y que puede considerarse como el portavoz en la prensa de la familia Dreyfus. Sería espantoso, ciertamente, lo que el periódico refiere de las tentativas hechas para obtener la fuga de Dreyfus y darle muerte, ó para obligarlo á suicidarse, después de infligirle la insólita tortura moral de sugerirle la creencia en la infidelidad de su esposa. Esperamos que la versión de *L'Aurore* resulte parcialísima y exagerada, y, si los hechos fuesen ciertos, deseamos creer que sólo la siniestra oficiosidad de jefes subalternos en el ejército hayan podido urdir una trama á tal grado infame; esto sí que hiere en el centro del corazón el honor de un ejército y de un pueblo; es preciso, pues, depurar y depurar: y en eso está la necesidad fatal y la dificultad suprema.

Mas hay otro asunto á que forzosamente habrá que llegar el día siguiente de la reunión de las cámaras y en donde nos parece que todo el talento de Waldeck-Rousseau, que va á dar ahora su verdadera medida, corre riesgo de fracasar: nos referimos á la cuestión de la Prensa.

Ya lo hemos dicho, es pasmoso el tono á que en la prensa francesa ha llegado el insulto procaz y la calumnia aviesa; apenas la prensa norte-americana en época electoral se le acerca. No hay institución, no hay personalidad que no quede así desacreditada á los ojos de la multitud que es el voto: de donde esta idea, más vale la dominación de un tirano que la de esta oligarquía de civiles, de burgueses, profundamente corrompida, en donde ni hay una sola virtud, ni una sola pasión noble.—Esa burguesía sin embargo ha dado á Francia más de veinticinco años de República, de libertad y de progreso ascendente—Y esta otra idea: hay que acabar con todo lo existente, porque es incurable; el liberalismo es la máscara de los intereses de los propietarios; suprimámoslo todo y veremos después como constituimos un poder permanente: viva la Social.

En suma: si toda libertad deja de ser un derecho desde el momento que se transforma en opresora, la opresión ejercida sobre las clases superiores por el terror y sobre las clases inferiores por el engaño es de tal manera clara y palpable, que no hay gobierno, á no ser que se sienta con vocación al suicidio, que no luche contra este microbio implacable que ha hecho del alfabetismo obligatorio, el vehículo de propaganda de una espantable epidemia moral. Y, sin embargo, la prensa como difundidora de luz científica, como sugeridora de actos morales, como denunciadora de abusos grandes y pequeños, no tiene comparación, es una fuerza solo comparable á las grandes fuerzas naturales, á la electricidad, á la luz, al calor; de todas ellas participa, digámoslo así, en el orden espiritual. He aquí lo hondo del problema; mermar esta fuerza, en el sentido de neutralizar sus energías para el bien, es un crimen; dejarla viva en su obra de mal, es imposible.

La solución de todas estas antinomias sociales está en la justicia. Que todo derecho encuentre en ella amparo, lo mismo el del individuo que el de la sociedad, y el problema se resolverá caso por caso y el mal será menor, siempre menor. Urge, pues, poner al derecho en condiciones de realizarse, porque hoy por hoy, en Francia, en los asuntos de prensa, no lo está. De esta convicción ha nacido el proyecto de ley que en las próximas sesiones será votado por el Senado. Ese proyecto tiene por fundamento la reforma que nosotros hicimos aquí, con excelente acuer-

do, en el artículo 7^o de la Constitución. Consiste en descartar al Jurado del conocimiento de los delitos de prensa y encargarlos á la justicia correccional. Ese efectivamente es el único remedio posible.

La experiencia, único medio de alcanzar una verdad sociológica, ha demostrado que el jurado es de tal manera impotente para ser imparcial ó neutral tratándose de asuntos de prensa; está tan inevitablemente sometido á las sugerencias de la prensa misma; tiene tan necesariamente en cuenta sus temores, si burgués, y sus pasiones, si obrero, que no puede colocarse moralmente en condiciones de ser juez, de cada cien veces, en noventa y cinco. Y sin juez no hay justicia.

La absolución sistemática de cuanto acusado por delitos de prensa es conducido al jurado, indica que esta institución se declara incompetente á sí misma para juzgar de estas infracciones de la ley penal, aun cuando manifiestamente sean obra de malhechores públicos que asesinan en las columnas de un periódico, porque no pueden hacerlo en el camino en que se asaltaba antaño á los viajeros, porque ahora están cuidados por la policía.

Urge, pues, descargar de esta jurisdicción, por él mismo rechazada, al tribunal popular. ¿Y cuál será la garantía de la prensa en el juzgado correccional? No basta que el juez tenga que motivar sus fallos, lo que no puede hacer el jurado, se necesitan supremas seguridades para la libertad de opinar, de censurar y de denunciar el abuso; sin esto no hay pueblos libres.

Esto es perfectamente cierto; y quiere decir que los franceses, antes de aprobar su ley, deben hacer un examen de conciencia y preguntarse: ¿nuestros jueces son independientes? ¿Lo son? Su inamovilidad está realmente garantida? ¿Sus responsabilidades pueden realmente ser exigidas? Sí? Pues adelante, y no haya miedo á la reforma; pásese la prensa delincuente al fuero común. En caso contrario..... en caso contrario asegúrese previamente esa independencia; si no lo hace la República otros lo harán.

Pues esta cuestión de la prensa va á dividir al ministerio francés. Los radicales y socialistas en general y todos los periodistas en particular chillan más que los gansos del Capitolio cuando se toca á la libertad sacrosanta de la difamación y del ultraje. Si, todos los periodistas: vease si no. El presidente de la Asociación parisiense de la prensa, M. Jean Dupuy acaba de ser nombrado ministro; al felicitarlo la asociación por este honor, sin admitir su renuncia más que temporalmente, le manifiesta que «espera que no permitirá restricción ninguna á la libertad de la Prensa.» Y lo punzante del caso es que el presidente de la asociación que tales votos formula, es su vice-presidente M. Paul de Cassagnac. Pues no hace mucho tiempo que este divertido forfanton que ha llevado á la tribuna y á la prensa sus modales de ligero del duque de Guisa y su exuberancia de Quijote grueso, no hace mucho tiempo que decía: «la libertad ilimitada de la prensa me parece una estupidez; pero la República no tiene derecho á tocarla; está obligada á soportar todas las consecuencias de eso y que con eso reviente—*et qu'elle en crève*.» Y es verdad lo que dice este gascón; pero yo me moriría de pena por largo tiempo, si la República hubiese de reventar en manos de M. Waldeck Rousseau.

Y ahora que ya va á revisarse en toda forma y en toda regla el asunto Dreyfus y mientras todo el mundo ríe de las afirmaciones solemnes de M. Quesney de Beaurepaire, graciosamente mistificado—no sé si así suele decirse en español ni si preferiréis, lectores, que yo use de esta otra locución *hecho guaje*—he aquí que, según el cable, el periódico mas serio de Francia, afirma que Rusia denunció la traición del capitán semita. ¿Afirma? Yo os aseguro que no afirma nada. Y apuesto.....

¡Uff! ¿Cuándo terminará este fatigante asunto? ¿Cuándo recobrará todosu buen humor, Dios mío, el pueblo del Champagne? Dicen que este vino, que parece *esprit* líquido, cuando se toma desde la sopa vuelve tristes los postres; en las postrimerías del siglo ¿estará decidido el pueblo francés á volverse triste? ¿Ya no nos hará el inmenso servicio de extraernos de nosotros mismos y de mostrarnos el aspecto dulcemente cómico de la humanidad, separándonos del suplicio constantemente renovado del pensamiento interior, de ese suplicio que hace de cualquier hombre un niño soñador como ese que Anatole France retrata divinamente en su flamante *Pierre Nozière*? Le dejo la palabra, lectores míos, para el *broche de oro*: «De noche veía yo extrañas figuras, y de improviso mi alcoba, tan bien cerrada, tibia, en que morían los postreros vislumbres del hogar, se abría anchamente á la invasión del mundo sobrenatural—Legiones de diablos cornudos danzaban allí sus rondas; y luego, lentamente, una mujer de mármol negro pasaba llorando..... Y sólo con el tiempo supe que los diablillos danzaban en mi cerebro y que la mujer lenta, triste y negra.....era mi propio pensamiento.»

JUSTO SIERRA.

¡TRAICION!

En espiritual artículo publicado en el «Figaro de París,» Gastón Deschamps denuncia la tendencia irresistible y dominadora del espíritu francés de atribuir todos sus fracasos, todos sus contratiempos y todas sus desgracias, á la influencia y á la acción tenebrosa de un traidor.

Para el francés la batalla que se pierde la ha hecho perder un traidor. Son traidores, los que hacen fracasar sus maquinaciones financieras, traidores los que derrican sus combinaciones diplomáticas, y en su vida militar, como en su vida económica y política, la traición y el traidor desempeñan el principal papel y son los protagonistas ocultos de todos sus dramas.

Ponson du Terrail y Javier de Montepin, en sus novelas sensacionales de homicidios, robos, asaltos é incendios, hacen figurar siempre como Deus ex machina á un traidor más ó menos invisible, y la popularidad de sus escritos y el fanatismo que su literatura ha despertado siempre en las masas, corroboran la idea de que la explicación decisiva de todo cuanto pasa, ante el criterio francés, es la acción del traidor. Ya Emilio Zola había denunciado el mismo hecho; pero ni él ni Deschamps bosquejan siquiera una explicación de fenómeno tan singular. Si analizamos otros pueblos y otras razas, podremos cerciorarnos de que ni en Alemania, ni en Holanda, ni en Inglaterra, ni en los Estados Unidos existe esa misma propensión. En donde se grita traición á cada día y á cada paso, en cada siniestro como en cada catástrofe, es de toda preferencia en Francia, después en España, después en Italia, y en Córcega, no sólo se grita, sino que se practica sistemáticamente la traición.

Hojeando la historia militar de Francia, no se comprueba una sola derrota del ejército francés, en la que la desbandada no vaya acompañada del grito estridente de traición! traición! En Waterloo, el ejército de Napoleón el Grande, se desbandó al grito de traición! Ya antes, en todo el doloroso camino de la retirada de Rusia, no dejó de resonar el mismo fúnebre alarido. Durante la guerra franco-prusiana, en Wissembourg, como en Sedán, se clamaba traición. La revolución francesa no fué otra cosa, en concepto de los revolucionarios, más que una perpetua y no interrumpida traición del tirano contra el pueblo, de la nobleza emigrada contra Francia y de indignos acaparadores contra el hambriento estómago francés.

Ultimamente, en España, durante su desastrosa guerra con los Estados Unidos, jamás dejó de atribuirse á traiciones toda la dolorosa é instantánea tragedia.

Esta propensión á mirar traidores en todas partes, explica la frecuencia con que, por todas partes, se cree encontrar espías.

¿Cómo explicar y en función de qué datos de la inteligencia y del carácter francés y latino, esta obsesión perpetua y esta fé ciega en la traición? Vamos á intentarlo basados en hechos familiares y en leyes generales del espíritu humano.

MEXICO MODERNO.



CASA DE M. EMILE BERTHIER.—COLONIA DE SAN RAFAEL.

Todos los espíritus inferiores, los hombres primitivos, las gentes incultas, las mujeres, los niños, no tienen á mano más explicaciones de todo cuanto los rodea, que asimilar las cosas á seres humanos é interpretar los fenómenos como efectos de la voluntad de esos seres.

Si llueve, es que la nube *ha querido* transformarse en lluvia, el río magestuoso fecunda los campos, porque es bondadoso y *ha querido* sembrar la prosperidad en la campiña. La compasiva palmera tiende sus umbrosas frondas porque *quiere* protejernos contra los rayos ardientes del sol canicular. El arco-iris que irradia en el espacio, es un arco de paz y de esperanza tendido en el cielo por la voluntad de un Dios. El rayo atronador y mortífero que desgarrá la nu-

be, es un estallido de ira de alguna potencia celeste. Una voluntad idéntica en todo á la voluntad humana, agita el oleaje de los mares y calma la tempestad.

Todas las mitologías y todas las religiones primitivas, explican así el curso de los astros, movidos por ángeles; la sucesión de las estaciones, determinadas, ya por Proserpina que sale de los profundos antros de la tierra, ya por el viejo Noel cubierto de nieve que trae consigo las brumas, los cierzos y las cortantes brisas del invierno.

Hay, pues, en el espíritu humano, una tendencia natural é irresistible á personificar las cosas, á atribuirles inteligencia, pasiones y voluntad como la del hombre. Y esa tendencia que sólo la cultura reprime y sólo la civilización neutraliza, despierta de su



CASA DE M. E. CABASSUT.—COLONIA DE SAN RAFAEL.

letargo y se revela de nuevo, cada vez que la emoción nos embarga ó cada vez que la pasión nos ofusca.

En plena civilización, en plena época actual de escepticismo y de alta cultura intelectual, no hay uno de nosotros, por ilustrado que se le suponga y por escéptico que se le crea, que, al tropezar, no vuelva airado la vista contra el obstáculo y no formule contra él un reproche ó una injuria. Arrojamus indignados y vengativos, apostrofándola, la pluma que no quiere escribir. No sé, dicen á menudo las mujeres, qué tiene mi máquina que no quiere coser. A este reloj, oímos decir en otras ocasiones, no se le da la gana de andar. Hace mucho que no quiere llover. Todas estas formas del lenguaje, de las que no nos es posible prescindir, revelan la existencia actual, aunque momentánea, de esa tendencia primitiva que denunciábamos, ó por lo menos, nuestro modo original de concebir el mecanismo y modo de acción de todas las cosas.

Si tratándose de los fenómenos del mundo material, es tan irresistible la tendencia á explicarlos por la acción de voluntad interna en las cosas ó de voluntad extraña que las gobierna, natural es que ella se revele más irresistible y más imperiosa tratándose de aquellos fenómenos en que manifiestamente la voluntad del hombre interviene y es capaz de gobernar. Así pues, si ha habido una época en que todos los fenómenos naturales se explicaban por la voluntad de las cosas mismas ó voluntades divinas, no debe sorprender que todavía en la actualidad, los historiadores y los filósofos de la historia, pretendan explicar la grandeza y la decadencia de los pueblos, las peripecias de la vida social, el poderío como la decadencia de las naciones, por la influencia preponderante ó exclusiva de la inteligencia ó de la voluntad de determinados hombres.

La filosofía moderna demuestra que la acción voluntaria y deliberada del hombre es, apenas, parte, y acaso no la principal, en la evolución histórica de un pueblo ó de una raza; que no hay hombre de genio que pueda neutralizar la influencia funesta de la aridez del suelo ó de la inclemencia del clima en La-

ponia, ni que pueda llegar á convertir á esa tribu miserable en un pueblo civilizado y poderoso. Hoy se sabe que la causa principal del atraso de las tribus centro africanas, es principalmente, el rigor de su clima tropical, contra el cual se estrellan los poderosos esfuerzos del mundo europeo por llevar á aquellas regiones la moderna civilización.

El Nilo y sus inundaciones explican todo el antiguo Egipto y la prosperidad norte-americana tiene como factor fundamental la estructura plana de su territorio y su abundante irrigación. No obstante todo esto, continuamos atribuyendo á los hombres y especialmente á los eminentes, la grandeza de alguna civilización, como á otros, perversos ó imbéciles, la ruina de antiguos poderíos.

Si el pensador y el filósofo, á sangre fría y ayudados de toda su razón, se ofuscan á menudo y atribuyen á un hombre influencias de que ningún hombre es capaz y resultados á los que principalmente concurren el medio físico, la índole de la raza y las peripecias á veces inesperadas é imprevistas de su historia, cómo no comprender que las multitudes, y las multitudes ofuscadas por la pasión ó extraviadas por la emoción, caigan en el mismo error. En el momento de la derrota y bajo la influencia del pánico, el soldado, como todos los hombres, vuelve al primitivo período fetiquista, y la desbandada, explicable acaso, y mejor, por hechos impersonales, por la accidentación del terreno, por la calidad de las armas y de las pólvoras, por la lluvia intempestiva ó por cualquier otro accidente, el ejército en derrota la atribuye á un hombre, á un traidor, y cuando no acusa de impericia á sus jefes, los acusa de traición.

El pueblo francés de 89 sufrió hambre, miseria, desnudez, y lejos de explicárselas por sus verdaderas causas y de referirlas á sus positivos orígenes, encontró mas llano y más sencillo atribuir las á la nefasta acción del tirano.

Naturalmente, este regreso á las épocas del fetiquismo y á las explicaciones antropomórficas, tiene que ser más acentuado y más frecuente en los pue-

blos naturalmente impresionables, apasionados, imaginativos, como los pueblos latinos. Ya hemos dicho, en efecto, cómo son precisamente las emociones y las pasiones, las que arrojando un velo sobre la razón y entenebreciendo momentáneamente la reflexión, nos retrotraen á la primera filosofía fetiquista. Bajo la influencia de la necesidad que apremia, de la ira que ciega, del amor que enloquece, del pánico que paraliza y hace enmudecer, retrocedemos siglos en la historia, remontamos el curso del tiempo y volvemos á ser aprensivos, tímidos, irreflexivos, volubles é insensatos como nuestros primeros antecesores, y las multitudes son más susceptibles aún de ese retroceso, y más sensibles á la influencia pasional. Las ideas, como las emociones y los actos de los hombres en grupo, son, y así lo han demostrado pensadores modernos, las ideas, las emociones y la conducta del niño, de la histérica ó del salvaje.

Cuando vemos, pues, al pueblo francés, al español, al italiano, al latino-americano, adorar con tanto fanatismo á sus héroes, odiar con tan profundo rencor á sus verdugos, levantar al solio á sus favoritos y arrojarlos luego y á veces con negra ingratitud al polvo; cuando los vemos elevar hoy, á la ligera, monumentos que, á la ligera también, derribarán mañana, forjar reputaciones que la calumnia manchará á poco, no nos sorprendemos ni nos indignamos. Es fenómeno fatal é irremediable de nuestra sensibilidad exquisita, de nuestra imaginación volcánica, de nuestra pasión ardiente, á las que debemos nuestros errores, nuestras desgracias, nuestra secular impotencia, pero á las que hemos debido también nuestra glorias de poetas y artistas y el goce de las más ardientes é intensas emociones.

Pueblos de nuestra índole infantil y femenina. de nuestra sensibilidad exquisita y de nuestra imaginación volcánica, no están ciertamente llamados á ser los más fuertes de la tierra; pero sí han podido y pueden ser aún, de entre todos, los más felices.

José M. Torres

VENECIA.

Había salido solo de Milán y llegaba á Venecia con un camarada. Era un ruso, llamado Staal, estudiante de derecho de San Petersburgo. Por uno de tantos mínimos accidentes de viaje, nos hablamos. Cuando le dije que era americano del sur, tuvo como una sombra de duda en el fondo celeste de sus ojos de septentrional, y, respondiéndome que no había visto ninguno hasta aquel momento, me fijaba la mirada, asombrado y receloso, como si esperase descubrir un carcaj debajo del cuello de mi paletó ó plumas de papagayo debajo del ala de mi sombrero.

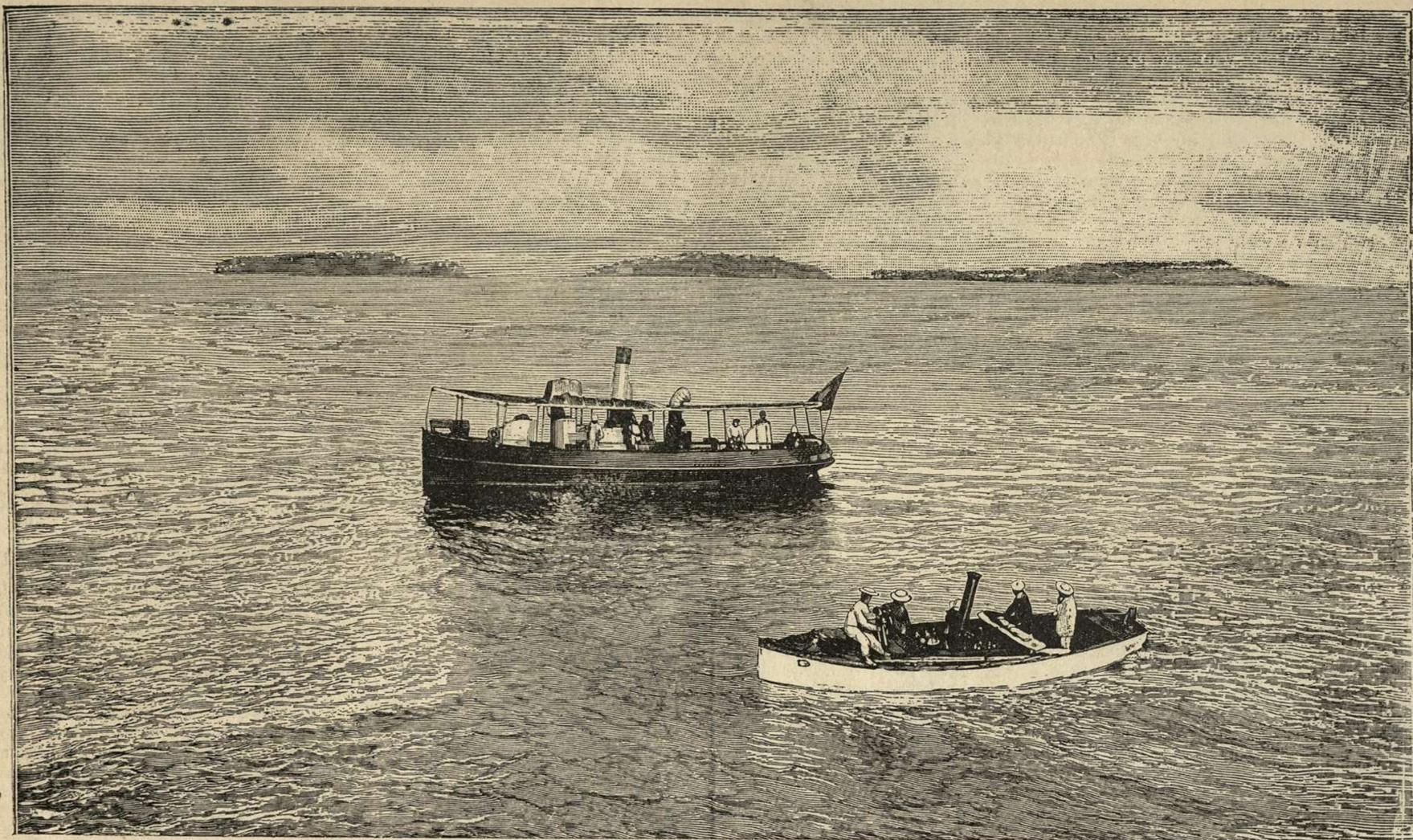
A la vuelta de dos ó tres horas nos conocíamos ideas, proyectos y esperanzas. Ambos íbamos á Venecia por la primera vez, y ambos llegábamos con el dulce desasosiego con que el enamorado, largo tiempo ausente, se aproxima á la hermosa adorada. Venecia es para muchos hombres una de aquellas amadas ideales, musas de la adolescencia, que junto con los sueños de la gloria y los amores románticos y el fúlgido enjambre de las ilusiones, vinieron á tentarnos en las horas del estudio, pero dejándonos siempre miel en el corazón y luz en la mente. De ahí ese grito que nosotros lanzamos y que se ha escapado á tantos viajeros, chicos y grandes, ilustros y oscuros, al divisar, después que el tren abandona la tierra firme, los campanarios de Venecia, la ciudad de las cien islas, en la brumosa lontananza del Ardiático: «¡Venecia! ¡Venecia!»

Cada una de las ciudades italianas se distingue de las otras por cierto sello característico, pero Venecia no sólo difiere de aquéllas, sino que difiere de todas las del mundo.

Se llega á la ciudad por un puente batido en sus costados por el mar. Al salir de la estación, no nos espera omnibus ni coche. Nos espera una fúnebre góndola, pintada de negro, con su grande espolón de proa. Al bullicio del andén tumultuoso, y al formado por los gritos que lanzan los gondoleros para atraerse algún cliente, sucede, después que nos separamos del embarcadero, un silencio casi absoluto. La góndola se desliza sin rumor por el agua verdosa y muerta, que baña las graderías de mármol de los palacios. Estos se levantan á cada orilla del Gran Canal, narrando en su lenguaje mudo, al viajero que pasa, episodios alegres y lúgubres, historias de la República. Son, en su mayor parte, de los siglos XIII, XIV y XVI, y en casi todos vive el arte traído de Oriente en las galeras vencedoras. Algunos, medio inclinados, parece que fueran á derrumbarse ó que doblasen la frente augusta, reflexionando en grandezas pasadas, mientras que en las paredes, color de ladrillo vetusto, y en las ventanas ojivales, flotan los sueños del beduino, expatriado en nuestros países, y persegui-



VENECIA.—PLAZA DE SAN MARCOS.



LA VUELTA DE DREYFUS.—UNA CHALUPA LLEVA A DREYFUS A LA BARCA DEL «SFAX.»

do por la visión de largos crepúsculos sangrientos y noches tibias, llenas de perfumes y amor, en laderas sembradas de álces.

Por un espacio de dos kilómetros, aproximadamente, fuimos entre dos hileras de alcázares seculares. Se diría una inmensa flota de navíos de marmol encajada en las lagunas.

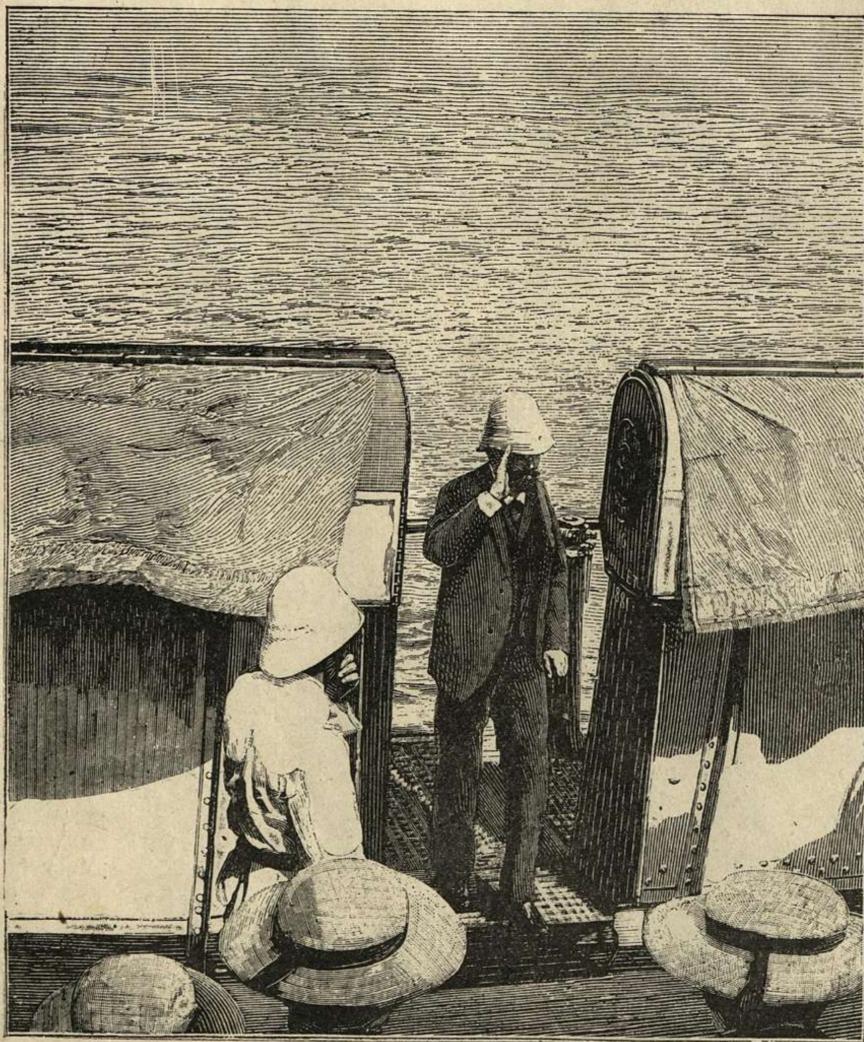
El gondolero, queriendo mostrarse complaciente con nosotros, nos señala un palacio, y con el deajo cantarín y quejoso del dialecto veneciano, pronuncia el nombre de una de las familias ilustres que lo habitaron, y refiere una anécdota.

Cerca del puente del Rialto, nuestra góndola penetra por un pequeño canal, para llegar más presto á la *Riva degli Schiavoni*, en la que está situado el hotel á donde nos dirigimos. Pasamos al pie de los muros amarillentos de un teatro, á la sombra de dos iglesias góticas antiquísimas, y debajo de varios puentes minúsculos, sencillos arcos de piedra con los que amenaza estrellarse el espolón de nuestro esquife, al mismo tiempo que el gondolero, para advertir al que viene en sentido opuesto y evitar un choque, prorrumpa en uno de aquellos gritos singulares, que aun cuando son arrancados por la ira, tienen una resonancia melancólica.

En *casa Kirsch* desembarcamos, para después de reposar un poco, salir de nuevo en marcha hasta la Plaza de San Marcos.

Lejos, á nuestra izquierda, rematando el edificio de la Aduana, brilla un globo dorado, sobre el que apoya un pie mientras en una mano levanta su veleta, una pequeña estatua de la mudable Fortuna. En la misma *riva*, pasamos por una estación de góndolas, donde los propietarios de éstas nos instan con voces y ademanes á ir de paseo. En seguida nos detenemos en el puente de la *Paglia* para desde allí contemplar el de los Suspiros, tendido entre el Palacio Ducal y las prisiones. Ligero, esbelto y gracioso como una joya, es una sonrisa de filigrana en la cara de esfinge del misterio. Allí sufrieron el martirio de entrever el día en un momento fugaz los condenados por un tribunal terrible, á vivir sepultados en un calabozo. Debajo de ese puente las aguas cunearon una barca que, muchas veces entre las luces y los ecos de una fiesta, partía, llevando en su vientre maldito, cuerpos convertidos por la tortura en una sola llaga y cuya vida no era más que una queja destinada á extinguirse en el turbio seno de un canal remoto.

Continuando nuestro camino, seguimos entre el Palacio Ducal y la Laguna, y luego, por la *Piazzetta* entre el mismo Palacio Ducal y la librería *Vecchia*, hasta llegar al medio de la plaza por cuyo inmenso pe-



DREYFUS AL LLEGAR A BORDO DEL «SFAX.»

rímetro se extienden las Procurazie sus escuadrones de columnas. En este corto trayecto recorrido se admiran todos los géneros arquitectónicos en una proximidad rayana de la confusión y en su admirable desorden que es afrenta de la simetría vulgar. De la metopa dórica que humilla dos triglifos oprimidos, de la arcada ojival que la sombra recama con encajes de sueños, del capitel que amaga desgajarse bajo una carga de cabezas y follajes, perteneciente á una fauna y una flora monstruosa; de la cúpula bizantina, de cada piedra, de cada ángulo se desprenden armonías serenas que forman, enlazándose, como un himno al arte entonado por el más sublime de los poetas líricos.

En nuestro primer instante de asombro no sabía-

mos si dirigir la vista á la Basílica, á las Procurazie ó al Palacio Ducal. De nuestra perplejidad vino á sacarnos un *cicero* que en francés bastante correcto nos ofreció sus servicios para visitar el Palacio en cuyo interior, yendo solos, decía él, corríamos el riesgo de extraviarnos, sin hallar salida, en un dedalo imposible. Como le respondiáramos en italiano, diciéndole que por de pronto nada queríamos visitar, y que en aquel día ni en los siguientes necesitábamos de *cicerone*, nos confesó que hacía algún tiempo no ganaba para sostener á su familia y nos exigió humildemente le suministráramos medio franco. Casi al mismo tiempo se lanzó hacia mí una pobre mujer desgreñada, con una luz extraña en los ojos profundos, la ropa hecha añicos, y que con acento desesperado me gritó: *tengo hambre, señorito, tengo hambre*, mientras en uno de sus brazos descarnados me hacía ver, bajo los harapos, un pequeñuelo, blanco, pálido, sucio, racimo de filipéndulas caído en el pantano.

Esta escena produjo en mí una impresión imborrable, aunque en condiciones análogas, la ví repetirse después en otras ciudades de Italia, enseñándome siempre á ver más y mejor en los hondos abismos de nuestra sociedad moderna. A dos pasos de la infeliz que implora un pedazo de pan, yacen en San Marcos incalculables riquezas, ofrendadas á un Dios de justicia y misericordia.

En el altar mayor de la basílica fulgura la *pala d'oro*, cuajada de pedrerías, en tanto que á la puerta llama en vano la miseria con el rostro anémico de la fiebre y del hambre, y próxima á dar sus flores siniestras de locura y de crimen.

En la galería que circuye la plaza hay tiendas y cafés, donde se reúnen por la tarde casi todos los viajeros que se encuentran en Venecia, á esperar, primero la hora de la comida y luego la hora de la música, sentados al rededor de una mesilla ó parándose á husmear delante de cada tienda, llena de objetos de la industria veneciana, caprichos de vidrio, grabados que representan edificios ó cuadros célebres. Como brillante señuelo á la ingenua alondra, atrae á muchos, más que la concurrencia y la música, la fachada de San Marcos, que es la más hermosa fachada de templo. En aquella hora tiene algo de fascinante. La última reverberación de la luz envuelve en aureola de triunfo la gallarda cuadriga de bronce que corona la fachada; debajo de la cuadriga, los mosaicos de oro que eternizan la vida de Marcos despiden un relámpago místico; y, á cada lado de la puerta, haces de luz y sombra, de todos los colores, libran una batalla de fantasmas en una selva de columnas



RENNES.—ENTRADA DE DREYFUS A LA PRISION MILITAR.

Una ramilitera de cabellos teñidos con el blondo del Ticiano nos ofrece violetas, las postreras de la estación; los dos Vulcanos de la *Torre dell' Orologio* suenan una hora, golpeando en una campana con sus enormes martillos ciclópeos; y, despidiéndose hasta el día siguiente, pian y revolotean, llenando los ámbitos de la plaza, centenares de palomas que desde tiempo inmemorial habitan los históricos monumentos de Venecia, como guardando en el pico de marfil y en las alas azules y blancas la inspiración artística anegada en esa melancolía vaga é inefable que constituye la mejor atmósfera del arte veneciano.

* * *

En las iglesias, bajo las bóvedas góticas, florece un arte misterioso. Una aspiración divina y una palpación humana se abrazan y confunden en los retablos cincelados, en las esculturas y en los lienzos. Cerca de unos santos sumidos en éxtasis de fakir, sin animación y sin alma de Pablo el Varonés, grita el colorido victorioso en las figuras del Tintoreto, y las santas de Sebastián del Piombo, queriendo, llenas de vida, salirse de los cuadros, inspiran, más que rezos y oraciones, culto sensual á la forma triunfante. Una Virgen del Ticiano, difundiendo de sus facciones beatíficas amor y confianza, sube entre una gloria de esfumados rubios; y en una capilla olorosa á incienso y á humo de cirios, en la claridad trémula y desvanecida de una lámpara moribunda, se alarga la silueta de un ángel negro, de autor desconocido, símbolo del silencio, de la desesperación, de las tinieblas.

* * *

Quando corta aún los aires una racha de invierno, y comienzan las yemas en las ramas escuetas á ofrecer al bosque aterido, junto con una explosión de hojas nuevas, rumores y perfumes suaves como terciopelo, una turba alegre salida de todas las regiones de Europa y compuesta de parejas enamoradas, de ricos desocupados y artistas perezosos invade, buscando calor y vida, la tierra italiana. La turba alegre llena por algún tiempo con zumbido de abejas los museos y templos de Venecia, para continuar luego hacia el sur, siempre bulliciosa y frívola, á mariposar alrededor de otras estatuas y de otros lienzos, bajo el risueño azul de Florencia ó en la sagrada Roma. Muchos de estos viajeros, movidos sólo por ese anhelo, que en nuestros días cunde por todas partes, de conocerlo todo, se van sin sospechar siquiera que al lado de la Venecia legendaria, hay otra Venecia casi ignorada, encantadora y pintoresca. Para llegar á ésta, es necesario vagar á pie por la ciudad, siguiendo las vueltas y revueltas de callejas semejantes á escondrijos, que por lo estrechas y cortas, más parecen pertenecer á una ciudad de títeres. Para nuestra excursión partimos casi siempre de la *Torre dell' Orologio*, y llegamos por la Mercería al puente del Rialto.

Aquí nos mezclamos con la multitud bullanguera de los mercados, y caminamos un momento entre montones de legumbres, de uvas, de albérchigos rojizos y velludos, como mejillas de frescas montañas; y luego emprendemos el raro paseo en que á cada paso debemos retroceder delante de un paredón que nos obstruye el camino. ó de un canal que no puede pasarse, por estar en aquel punto desprovisto de puente. Después de invertir algún tiempo en este avanzar y retroceder alternativo, sin encontrar á nadie como en un yermo, penetramos en una calle diminuta. A las puertas de las casas, muchachas del pueblo conver-

san, cantan y ensartan perlas. El sol, el viejo lujurioso, colocándose en el modesto retiro, va de puerta en puerta, besando sabrosas nuca morenas y humildes pies descalzos. Otra vez nos hallamos en el puente de un pequeño canal; á la derecha, en un recodo que el canal forma, se alza un palacio barroco, severo, como de estilo florentino; á la puerta del palacio está una góndola amarrada, inmóvil; del otro lado, los árboles de una huerta, tienden por las tapias y sobre el agua un ancho festón de esmeralda; enfrente, en un balcón vecino de las nubes, se asoman, entre dos macetas, unos ojos y un par de labios encendidos que nos sonríen picarescamente... Para completar un pastel que fuese imagen viva de Venecia, no falta sino un celaje de rosa en el cielo, y entre el cielo y la tierra una bandada de palomas.

* * *

Unos huyen el hálito ponzoñoso de las lagunas y la música martirizante de los mosquitos. Otros huyen la tristeza. Palomas blancas, góndolas negras, canales verdes, todo, en la ciudad de los Dux, es triste, triste con esa tristeza que embriaga, del amor y del vino, tristeza de voluptuosidades peligrosas para los

de los balcones, nidos de espectros, no resplandecen las sedas, los candelabros de plata bruñida, las grandes luces, el torbellino del baile; ni el loco amorfo de livianas hermosas escancia el vino de la inspiración en el vaso de oro de los poetas orgiásticos. La góndola va entre las dos hileras de palacios como una lágrima que rueda lenta y solitaria entre dos cantos de una elegía de piedra. El gondolero comienza á hablar, y parece que fuera á romper en sollozos; el remo, llora; y una onda parte, meciéndose suavemente, á gemir en las gradas marmóreas de la orilla sus secretos cristalinos. De otra góndola que se acerca á la nuestra, coronada de globos luminosos, vuela á los aires con los gemidos de un violín y de una voz joven y lánguida, una romanza de Tosti muy conocida. ¡Quién sabe cuántos la habrán oído de unos labios fríos, pálidos y crueles! ¡Quién sabe para cuántos no habrá sido en aquella hora y aquel mismo sitio la canción de la propia nostalgia, canción de tarde otoñal, de nidos vacíos, de amores muertos!

M. DIAZ RODRIGUEZ.

LA VUELTA DE DREYFUS.

Hoy que podemos examinar en todos sus detalles la inteligente fisonomía del deportado, estigmatizada con las huellas de un dolor moral inenarrable, nos es fácil imaginar lo que debe ser el temple de ese hombre, que al volver en sí de una pesadilla horrible, al verse de nuevo en su patria, preso, pero entre los suyos, al amparo de la piedad y de la justicia, no enloquece ni se apoca. Apenas si una ligera y brevísima fiebre acusa en el férreo organismo del capitán la reacción que pudo haber hecho peligrar su existencia, y con ella la fe en la integridad de la conciencia moral de un gran pueblo.

Muerto Dreyfus antes de que la justicia pronuncie su veredicto definitivo, se ahondarán en vez de colmarse los abismos que separan á dos fracciones de la sociedad francesa; quedaría en pie un problema que arrojaría la sombra de su incógnita sobre el campo de los disturbios contemporáneos.

Afortunadamente para Francia y para la humanidad, ese hombre, mudo y elocuente acusador de los crímenes que se cometen en nombre del régimen militar, vive para hacer posible una conclusión, cualquiera que sea. De esa conclusión esperan todos los pueblos, no sólo el francés, la orientación para las luchas futuras.

Al llegar á bordo del *Sfax* el Capitán Dreyfus, recogió la justicia una ruina viviente, una existencia agotada acaso ya en la tormenta de las pasiones públicas. La obra de reparación se hará; pero ¿qué indemnización será bastante á reparar el aniquilamiento de una juventud vigorosa, de la dicha de un hogar, del equilibrio moral de un pueblo?



Mme. Hadamard. Mme. Dreyfus. M. Hadamard (hermano de Mme. Dreyfus)
MME DREYFUS LLEGA A RENNES.

que han sentido en el cerebro los dolores de la pasión herida, del ideal crucificado.

Casi diariamente, antes de que acabe el movimiento febril en la plaza de San Marcos, empezamos, acostados en el fondo de una góndola, nuestra correría nocturna por el Canalazzo desierto. Las ventanas de las antiguas casas señoriales miran en las noches como órbitas vacías de calaveras gigantes. Detrás

Afortunadamente hay en el hombre superior fuentes de idealidad que no se agotan, y los sufrimientos nada son para el que ve en ellos espinosos peldaños por los que asciende la humanidad á las alturas del perfeccionamiento moral.



LA PRIMERA SOPA.

CUADRO DE PAUL DESCHELLES.

P Descelles



EL CANTOR DE KIME.

Caminaba por el sendero que sigue la ribera á lo largo de las colinas. Su frente amplia y cubierta de arrugas profundas, estaba ceñida por una venda de lana roja. Sobre las sienes flotaban sus blancos bucles de cabellos, agitados por el viento de la mar, y su barba parecía hecha de copos de nieve. Su túnica y sus pies desnudos, habían tomado el color de los caminos por donde iba errante largo tiempo hacía. Y de su cintura colgaba una tosca lira. Se le llamaba el Anciano, ó por otro nombre el Cantor. Los niños á quienes instruía en la poesía y la música, le llamaban de otro modo, y los demás conocíanle por el Ciego á causa de que sobre sus pupilas, empañadas por los años, caían los hinchados párpados, enrojecidos por el humo de las chimeneas, junto á las que acostumbraba sentarse para entonar sus cantos. Mas él no vivía en eterna noche, todos aseguraban que veía mil cosas que los demás seres humanos jamás verían. Tres generaciones hacía que iba sin cesar por las ciudades. Y ahora, después de cantar todo el día en el palacio de un rey de Egea, tornaba á su hogar del que ya veía el techo humeando á lo lejos. Después de haber caminado toda la noche, sin detenerse, temeroso de ser sorprendido por los ardores del día, acababa de descubrir en la claridad de la aurora, á la blanca Kimé, su patria. Siempre seguido de su perro y apoyado en el nudoso bastón, avanzaba con paso lento, recto el cuerpo, alta la cabeza por un resto de vigor, y esforzándose por contrarrestar la pendiente del camino que descendía á un estrecho valle. El sol lavantándose tras las montañas del Asia, teñía con una rosada luz las nubecillas ligeras y las costas de las islas hundidas en el mar. La playa reverberaba. Pero las colinas, coronadas de lentiscos y terebintos que se extendían por el Oriente, retenían aún, entre su sombra, la dulce frescura de la noche.

El anciano midió sobre la pendiente del suelo el tamaño que darían doce lanzas colocadas una tras otra, y encontró, en seguida, entre dos rocas gemelas, la entrada estrecha de un bosque sagrado. Allí, á la orilla de una fuente, se levantaba un altar formado de piedras no talladas. Un laurel la cubría con sus ramas brillantes. Ante el altar blanqueaban los huesos de las víctimas. . . . En torno de él las ofrendas estaban suspendidas de los ramos de los olivos, y más adelante, en la sombra horrible del desfiladero, dos viejos robles se elevaban teniendo adheridas á su tronco un par de cabezas descarnadas de toro. Sabiendo que este altar estaba consagrado á Pbaebos, el anciano penetró al bosque y, desprendiendo de su cinturón donde estaba suspendida por el asa, una pequeña copa de arcilla, se inclinó sobre la corriente que, tendida en un lecho de apio y berro, y después de mil rodeos, iba á regar la pradera. Con aquella agua fres-

ca, llenó su copa, y como era piadoso, regó algunas gotas al pie del altar antes de llevarla á sus labios. Adoraba á los Dioses inmortales que no conocían ni el sufrimiento ni la muerte, en tanto que sobre la tierra iban pasando las generaciones miserables de los hombres. Entonces se sintió poseído de inmenso espanto, tuvo miedo á las flechas de los hijos de Leto. Agobiado por las enfermedades y cargado de años, anaba la luz del día y temía morir. Vinole, pues, un buen pensamiento. Inclinó el tronco flexible de un olmo, y acercándose, colgó la copa de arcilla en las más altas ramas del árbol que al erguirse de nuevo, levantó hacia el cielo la ofrenda del anciano.

La blanca Kimé, ceñida por sus muros, se levantaba sobre la ribera del mar. Una calzada montuosa, pavimentada de piedras planas, conducía á la puerta de la ciudad. Esta puerta había sido construida en épocas remotas, perdidas ya en la memoria, asegurándose que era obra de Zeus. En su dintel estaban grabados varios signos que nadie sabía explicar, pero que se veían como signos dichosos. No lejos de esta puerta, se extendía la plaza pública, donde relucían bajo los árboles, los bancos de los ancianos. Después de atravesar esta plaza, hacia el lado opuesto del mar, el viejo se detuvo. Allí estaba su casa. Estrecha y baja, en nada se parecía á la bella mansión vecina en donde un adivino ilustre vivía con sus hijos. La entrada casi desaparecía bajo un estercolero que un puerco escarvaba con la trompa. Era el estercolero mucho más pequeño que los que se veían ante la morada de los hombres ricos. Pero tras de la casa se extendía el vergel y los establos que el anciano había construido con sus propias manos, hechos de piedras desiguales. El sol subía por las alturas del blanquecino cielo; la brisa del mar no se movía. Un fuego sutil flotaba en el aire, abrasando el pecho de los hombres y de los animales. El viejo se detuvo un momento para enjugar el sudor de su frente con el dorso de la mano. El perro, con la vista atenta y la lengua colgante, jadeaba.

La vieja Melanthe que venía del fondo de la casa, paróse con la cara al sol, pronunciando palabras de buen agüero. Se había hecho esperar porque un dios había puesto en sus pobres piernas un mal espíritu que las hacía más pesadas que dos odres llenos de vino. Era una esclava de Carie, que un rey había dado al Cantor cuando ella era joven y él estaba lleno de fuerza. Y Melanthe había dado un gran número de hijos; pero de ellos no quedaba uno solo en la casa: los unos se habían muerto, los otros habían ido lejos para hacer en las ciudades de Acaya el oficio de cantor ó de carretero, pues todos estaban dotados de un espíritu ingenioso. Y Melanthe moraba sola en la casa, con Areté, su nuera, y los dos hijos de Areté.

Condujo al amo á la gran sala de vigas ahumadas, en medio de la que se extendía, cubierta de brasas rojas y cenizas ardientes, la piedra del hogar. Al alrededor de la sala se abrían, en dos alas, los estrechos aposentos, y una escalera de madera conducía á las habitaciones altas de las mujeres. Sobre los pilares que sostenían el techo, estaban las armas de bronce que el viejo llevó en su juventud, cuando acompañaba á los reyes á las ciudades á donde fueran para rescatar á las hijas de Kymé que los héroes habían arrebatado. Una pierna de buey pendía de una de las vigas. Los ancianos de la ciudad la habían enviado la víspera al Cantor y él se regocijaba al verla.

Al fin lanzando un hondo suspiro, sacó de entre su túnica, con algunos dientes de ajo—restos de su comida rústica—el presente que había recibido del rey de Egea: una piedra caída del cielo, tanto más preciosa cuanto que era de hierro, pero demasiado pequeña para poder formar una punta de lanza. Sacó después un guijarro que había encontrado en el camino, y que visto de cierto modo presentaba la imagen

de una cabeza de hombre. Y el viejo se lo mostró á Melanthe:

—Mira, mujer,—le dijo—que este guijarro tiene semejanza con Pakoros, el herrero; á no ser mediante el permiso de los Dioses, sería imposible que una piedra se le pareciese tanto.

Y después que la vieja Melanthe vertió agua sobre sus pies y manos para quitar el polvo que los manchaba, él tomó entre sus brazos la pierna de buey, llevola cerca del hogar y comenzó á partirla. Sabio como era y prudente, no dejaba ni á las mujeres ni á los niños, la tarea de preparar la comida y á ejemplo de los reyes, cocía él mismo la carne de los animales.

Sin embargo, era Melanthe quien reanimaba el fuego del hogar. Soplaba sobre las brizas de leña hasta que un Dios las envolvía en llamas. Y por más que esta tarea fuese santa, el viejo sufría de que la desempeñara una mujer, agobiada como él, por la fatiga y la ancianidad. Cuando brilló la llama, el anciano arrojó sobre ella las descuartizadas carnes, á las que daba vueltas con una fuerza de bronce. De pie respiraba el humo acre que llenaba la sala, haciéndole derramar lágrimas; pero su espíritu no se irritaba contra éste, estaba acostumbrado y además ese humo era signo de abundancia. A medida que la dureza de las carnes se ablandaba con la fuerza invencible del fuego, llevaba á su boca pequeños trozos que sabo-



reaba lentamente y en silencio. Y á su lado la vieja Melanthe escanciábale el vino negro en una copa de arcilla, semejante en todo á la que al Dios ofreciera.

Cuando apagó el hambre y la sed, preguntó si estaba todo bien en la casa y en el establo. Se informó de la lana tegida en su ausencia, de los quesos que se habían hecho, de las olivas listas para la prensa. Y pensando en los pocos bienes que poseía, dijo: «Los héroes alimentan en sus prados grandes rebaños de bueyes y terneras. Tienen esclavos bellos y robustos, las puertas de sus moradas son de marfil y bronce, y sus mesas están cargadas de cráteras de oro. La fuerza de su corazón asegura sus riquezas de las que casi siempre gozan hasta que su edad declina. Ciertamente que en mi juventud les igualé yo en valor; pero no tenía ni caballos, ni carros, ni servidores, ni siquiera una armadura fuerte para igualarles en los combates y para ganar con ellos trípodes de oro y hermosas mujeres. El que á pié combate y no tiene sino débiles armas, jamás podrá matar muchos enemigos, pues que él mismo teme la muerte. Así combatiendo bajo los muros de las ciudades, entre el confuso tropel de los servidores, no llegué nunca á traer rico botín.»

La vieja Melanthe respondió:

—Así como la guerra da á los hombres riquezas,

también se las quita. Mi padre Kippos poseía en Miliata un palacio é innumerables rebaños. Pero los hombres armados se lo llevaron todo. Yo misma caí en sus garras como esclava por más que no me maltratasen, lo que sólo fué debido á mi juventud. Los jefes me recibieron en su casa, y nunca me faltó el sustento. Tú has sido mi último amo, y también el menos rico.

Y esto lo decía sin alegría y sin tristeza.

El anciano le respondió:

—Melantho, no puedes quejarte de mí pues que siempre te traté con dulzura. No me reprocho por no haber podido ganar grandes riquezas. Hay armeros y herreros que son ricos. Los que construyen carros, sacan provecho de su trabajo. Los adivinos reciben valiosos presentes. . . . Pero la vida de los cantores es muy dura.

La vieja Melantho dijo:

—Dura es también la vida de muchos hombres.

Y con paso vacilante, salió de la casa en compañía de su nuera para ir á buscar leña á la despensa. Era la hora en que los ardores del sol agobian á los hombres y á los animales, haciendo callar hasta la voz de los pájaros entre el follaje inmóvil.

El se tendió sobre una estera, y contemplando el paisaje, quedóse dormido.

Acudieron á su sueño mil imágenes no más raras y bellas que las que siempre venían á visitarlo. Sus sueños representaban imágenes de hombres y animales. Y como en ellos reconocía seres humanos que habían vivido sobre la tierra florida, y que cuando no vieron ya la luz del día se los llevaron á dormir bajo un fúnebre montón de tierra, se persuadía de que las almas de los muertos flotan en el aire, pero ya sin vigor, como sombras vanas. Sabía que los muertos errantes en el Hades forman ellos mismos su imagen, no pudiendo ningún ser mortal concebirla en sus sueños á menos de ser la imagen de uno de esos Dioses que se complacen en engañar la débil inteligencia humana. Pero no siendo adivino, él no podía distinguir los sueños engañosos de los verdaderos. Y cansado de buscar semejanzas en las imágenes confusas de la noche, las miraba pasar con indiferencia bajo sus cerrados párpados.

Al despertar vió, arrodillados ante él en actitud respetuosa, á los niños de Kimé, á quienes enseñaba la poesía y la música con el cariño de un padre. Entre ellos estaban los dos hijos de su nuera. Varios eran ciegos, pues los que carecían de vista eran destinados al canto por estar imposibilitados para trabajar en los campos, ó seguir á los héroes en las guerras.

Tenían en la mano las ofrendas con que pagaban al cantor: frutos, quesos, panales de miel, pieles de cordero, y esperaban que el maestro aprobase estas ofrendas para colocarlas en el altar doméstico.

Haciéndose levantado el anciano, tomó su lira que estaba colgada en un pilar de la sala y dijo con bondad:

—Hijos, muy justo es que los ricos ofrezcan un hermoso presente, y que los pobres den uno menos valioso. Zeus, nuestro padre, ha repartido desigualmente los bienes entre los hombres. Pero él recompensará al niño que rinde el debido tributo al Cantor divino.

La vieja Melantho llevó al altar las ofrendas, y el cantor, después de templar su lira, comenzó á enseñar un canto á los niños, sentados en tierra á su alrededor.

—Escuchad, les dijo, el combate de Patroclo y de Sarpedon. Muy bello es este canto.

Y, cantando, modulaba los sonidos con fuerza, aplicando el mismo ritmo y la misma cadencia á todos los versos, y para que su voz no se debilitase, la sostenía, por intervalos regulares, acompañando estos calderones con un largo acorde. Y después de tomar el reposo necesario, lanzaba un grito agudo que se unía á la vibración estridente de las cuerdas.

Después de repetir un número de versos igual á doce veces el número de los dedos de sus manos, hacía que los niños los repitieran cantándolos todos á la vez, con penetrante voz, tocando, á ejemplo del maestro, sus pequeñas liras, talladas por ellos mismos en el bosque y que no exhalaban sonido alguno.

Pacientemente el viejo repetía los mismos versos, hasta que los pastorcillos podían repetirlos con fidelidad. Alababa á los niños atentos, mas á los faltos de memoria y pobres de espíritu, los tocaba ligeramente con su lira, y ellos íbanse á llorar junto á un pilar de la sala.

Dábalos hermosos consejos y les decía:

—Honrad á los reyes y á los héroes, que están muy por encima de los demás hombres. Nombred á los héroes por su nombre y por el de su padre, á fin de que ese nombre no se pierda nunca. Cuando toméis asiento en las asambleas, colocad vuestra túnica sobre los muslos, y que toda vuestra persona destile gracia y pudor.

Decíales también:

—No escupáis nunca en los ríos porque los ríos son sagrados. No hagáis cambio alguno, bien sea por falta de memoria ó por capricho, á los cantos que os enseñó; y cuando un rey os diga: «Bellos son esos cantos; ¿quién os los ha enseñado?» le responderéis: «Los aprendí del anciano de Kymé y á éste se los enseñó su padre á quien Zeus, sin duda, se los inspiró.

Después apartó para su cena los más exquisitos trozos de la pierna de buey. Y haciéndolos saborear junto al hogar, rompió con un hacha de bronce los huesos á fin de extraer el tuétano que, en la casa, sólo el Cantor era digno de probar. Y del resto de las viandas, dividió la parte que correspondía á las mujeres y á los niños para dos días.

Entonces, mirando que dentro de poco, nada quedaría del alimento, pensó: Zeus, ama sólo á los ricos; á los pobres, no. Indudablemente, sin saberlo yo, he ofendido á algún Dios que vive oculto en las florestas ó en las montañas, ó más bien al hijo de algún inmortal; y por eso expió mi crimen, viviendo en la indigencia. Mi vez, sin intención, se cometen acciones punibles, porque los dioses no han revelado de una manera precisa lo que es per-



mitido y lo que no lo es, y su voluntad está oscura.

Por largo tiempo pensó en esto, y, temiendo la vuelta del hambre, resolvióse á no pasar una noche de ocio en su morada, sino encaminarse esta vez hacia las comarcas donde el Hermos corre entre las rocas, y donde se ve á Orneia, Smyrna y la bella Hissia recostadas en la montaña que, como el espolón de un navío fenicio, se hunde en el mar. Por eso á la hora en que las primeras estrellas tiemblan en el pálido cielo, ciñóse la correa de su lira y fuese á lo largo de la ribera hacia la morada de los hombres ricos que se complacían en escuchar, durante sus largos festines, las proezas de los héroes y la genealogía de los Dioses.

Habiendo caminado toda la noche, según su costumbre, descubrió, á la claridad rosada de la mañana, una ciudad que se extendía sobre un alto promontorio, y al punto reconoció á la opulenta Hissia, amada de los dioses que, desde lo alto de una roca, mira brillar las blancas islas desparramadas en el mar resplandeciente. No lejos de la ciudad, sentóse al borde de una fuente, para reposar y apaciguar el hambre con cebollas que llevaba en un pliegue de su túnica. Apenas acabada su frugal merienda, una joven que traía un canasto sobre la cabeza, vino á la fuente para lavar su ropa. Miróle la joven con desconfianza, pero, reparando en su lira y en su desgarrada túnica, y mirando además que era viejo y estaba agobiado de fatiga, acercóse á él sin miedo, y llena de piedad y veneración, juntó en sus manos una poca de agua y la vertió después sobre los secos labios del Cantor.

El la llamó, entonces, hija de rey, pronosticándole una larga vida y diciéndola:

—Hermosa joven, á tu alrededor están flotando los amores, y juzgo dichosísimo al que te tome por mujer. Yo, viejo ya, ensalzo tu belleza, como el pájaro nocturno que lanza su desagradable grito sobre el techo de los esposos. Soy un cantor errante. Hermosa joven, díme palabras de buen augurio.

Y la joven respondió:

—Si como dices, y como pareces, eres un tañedor de lira, no es mal destino el que á esta ciudad te trajo, porque el rico Meges recibe hoy á un huésped que le es querido, y, en honor de él, da á los principales habitantes de la ciudad un gran festín. Sin

duda querrá que su huésped escuche á un buen cantor. Ve á buscarle. Desde aquí se ve su casa. No es posible llegar á ella por el lado del mar, porque está situada sobre ese alto promontorio que se interna en las olas, y á donde no van más que los alciones. Pero si asciendes á la ciudad por la escalera tallada en la roca, del otro lado, al encontrarte con grandes viñedos, reconocerás fácilmente, entre todas, la casa de Meges. Está pintada de blanco y es más espaciosa que las demás.

Y el viejo, sosteniéndose sobre sus vacilantes piernas, subió la escalera, tallada en la roca por los hombres de otros tiempos, y una vez en la meseta, sobre la que se extendía la ciudad de Hissia, reconoció, sin trabajo, la casa del rico Meges.

Su vista le fué agradable, porque la sangre de los toros recientemente degollados, relucía afuera, y el olor de los caldos se difundía por todas partes. Traspuso el umbral, penetró en la vasta sala del festín, y después de tocar con la mano el altar, se aproximó á Meges que daba órdenes á sus servidores trinchanto las viandas. Los convidados estaban sentados al alrededor del hogar regocijados con la esperanza de una comida suculenta. Había entre ellos muchos héroes y reyes. Pero el huésped en cuyo honor dábese el festín, era un rey de Khios, quien, para adquirir riquezas, había navegado por largo tiempo en el mar. Se llamaba Oineo. Todos los convidados mirábanle con admiración, porque él, como en otro tiempo el divino Ulyses, había escapado en innumerables naufragios, yendo á pernoctar á las islas donde las sirenas lo amaron y de donde se llevó inmensos tesoros. El contaba sus viajes, sus fatigas, y como estaba dotado de un espíritu sutil, añadíales lo que no había sido.

Reconociendo al anciano como un cantor por la lira que llevaba consigo, el rico Meges le dijo:

—Seas bien venido. ¿Qué cantos sabes?

El viejo respondió:

—Sé la «Querrela de los Reyes», que causó tantos males á los Akeos; sé el «Asalto del muro.» Ese canto es muy bello. Sé también la canción de «Zeus engañado», la «Embajada» y la «Resurrección de los muertos.» Y estos cantos son hermosos también. Sé además seis veces sesenta canciones muy bellas.

De esta manera daba á entender que sabía muchas, pero que no conocía el nombre de todas.

El rico Meges replicó en tono burlón:

—Los cantores errantes, en la esperanza de una buena comida y de un valioso presente, siempre dicen que saben muchas canciones; pero al llegar la prueba se ve que han aprendido unos cuantos versos que, en fuerza de repetirlos, fatigan los oídos de los héroes y de los reyes.

El viejo, después de una larga pausa:

—Meges, dijo, tú eres ilustre por tus riquezas. Sabes que el número de los cantos que conozco, iguala al de los toros y terneras que tus boyeros apacientan en la montaña.

Meges, admirado del ingenio del anciano, le respondió con dulzura:

—Pues no poca inteligencia se necesita para retener en la memoria canciones tantas. Pero dime: lo que sabes de Aquiles y Ulyses ¿es verdad? Porque se cuentan innumerables mentiras sobre estos héroes. . . .

Y el cantor respondió:

—Lo que yo sé de estos héroes, me lo enseñó mi padre, quien á su vez lo aprendió de las mismas Musas, porque habéis de saber que en otro tiempo las musas inmortales visitaban á los cantores en las grutas y en los bosques. Yo no digo una sola mentira en mis cantos.

Así hablaba, siempre con prudencia. Sin embargo, á los cantos que había aprendido desde la infancia, tenía la costumbre de añadir versos tomados de otros cantos ó encontrados en su espíritu. El mismo componía cantos casi enteros, mas nunca decía que fuesen obra suya, temeroso de que les encontraran defectos. Los héroes, de preferencia pedían recitados antiguos que creían dictados por algún dios, y desafiaban los cantos nuevos. Así, cuando recitaba versos suyos, cuidadosamente ocultaba su origen. Y como era tan buen poeta y observaba con exactitud las reglas establecidas, sus versos no discrepaban en nada de los de sus abuelos. Iguales eran en su forma y belleza, y dignos de gloria inmortal.

El rico Meges, á quien no faltaba la inteligencia, adivinó que el viejo era un buen cantor, y dándole un lugar honorable en el hogar, le dijo:

—Anciano, cuando hayamos apaciguado el hambre, nos cantarás lo que sabes de Aquiles y Ulyses. Esfuérzate por halagar los oídos de Oineo, mi huésped, porque es un héroe lleno de sabiduría.

Y Oineo, que anduvo errante en el mar por tan largo tiempo, preguntó al cantor si sabía los viajes de Ulyses. Mas la vuelta de los héroes que habían combatido en Troya, estaba aún envuelta en sombras y nadie sabía lo que Ulyses sufriera cuando erraba por el estéril mar.

El anciano respondió:

—Sé que el divino Ulyses engañó al Cíclope por medio de un ingenioso ardid. Las mujeres refiérense unas á otras mil cuentos. Mas la vuelta de los héroes está oculta para los cantores. Los unos dicen que en-

tró de nuevo en posesión de su mujer y de sus bienes; los otros, que rechazó á Penélope por haber dado oídos á sus pretendientes, y que él, castigado por los dioses, fué errante y sin reposo de pueblo en pueblo, con un mazo á la espalda.

Oineo replicó:

—Yo supe en mis viajes que Ulyses murió asesinado por su hijo.

Entretanto Meges distribuía á los convidados la carne de los bueyes, dando á cada cual el trozo que le convenía. Oineo le elogiaba con entusiasmo.

Meges, le dijo: bien se ve que estás acostumbrado á dar festines.

Los bueyes de Meges se nutrían de yerbas odoríferas crecidas en las faldas de las montañas. Su carne estaba perfumada también, y los héroes no se saciaban de saborearla. Y como Meges á cada instante llenaba una honda copa que enseguida pasaba á sus huéspedes, la comida se prolongó hasta muy tarde. No había memoria de un festín semejante.

Próximo estaba el sol á descender hacia el mar, cuando los boyeros que en la montaña guardaban los ganados de Meges, vinieron á tomar la parte que les correspondía de carne y vino. Meges los distinguía porque cuidaban sus ganados, no indolentemente como los boyeros de la planicie, sino armados de lanzas de bronce y duras corazas á fin de poder defender á los bueyes de los ataques de los pueblos de Asia. Y semejábanse á los héroes y á los reyes porque los igualaban en valor.

Dos jefes los conducían, Peiros y Thaos, á quienes el amo había escogido por ser los más bravos é inteligentes. Y verdaderamente no podrían encontrarse dos hombres más hermosos. Meges los acogía en su casa como á ilustres guardadores de sus riquezas. Y les daba carne y vino tanto como querían.

Oineo, admirado, dijo:

—No he visto en mis viajes hombres que tengan unos brazos y unos muslos más vigorosos y mejor formados que los de estos dos jefes de boyeros.

Entonces Meges pronunció un frase imprudente:

—Peiros es más fuerte, pero Thaos le gana en la carrera.

Al oír estas palabras, los dos boyeros miráronse uno á otro con mirada en que se adivinaba la cólera, y Thaos dijo á Peiros:

—Preciso es que hayas dado á beber algún breva-je al amo, porque sólo un insensato podrá decir que eres tú mejor que yo en la lucha.

Y Peiros, irritado, respondió á Thaos:

—Yo me precío de vencerte en la lucha; en cuanto á la carrera, no te dispueto el premio que el amo te ha otorgado, porque no es de sorprenderse que teniendo tú el corazón de un siervo tengas también los pies.

Pero el sabio Oineus, se interpuso entre los dos boyeros. Contó fábulas ingeniosas donde se veía el peligro de las riñas en los banquetes. Y como habla-



ba bien, se le aprobó en todo lo que dijo. Una vez restablecida la calma, Meges dijo al anciano:

—Amigo, cántanos la cólera de Aquiles y la asamblea de los reyes.

Y el viejo, después de templar su lira, dejó que se extendieran por la sala, los acentos vibrantes de su voz.

Un aliento poderoso se exhaló de su pecho, y todos los convidados se acercaron para escuchar las palabras ritmadas que hacían revivir las pasadas edades. Y muchos pensaban: «Es admirable que un hombre tan viejo y tan agobiado por los años, como una cepa que ya no tiene fruto ni hojas, tenga esa potente voz!.....»

Porque no sabían que la fuerza del vino y la costumbre de cantar, prestaban al cantor las fuerzas que sus nervios cansados le rehusaban.

Un murmullo de alabanzas se elevaba de la asamblea como el soplo de un violento Zéfiro en las florestas. Mas, de pronto, la querrela de los dos boyeros, un momento apaciguada, estalló con violencia. Enardecidos por el vino, se desafiaban para la lucha y la carrera. Sus feroces gritos cubrían la voz del cantor que en vano alzaba, sobre la asamblea, el amor de su boca y de su lira. Los pastores guiados por Peiros y Thaos, ebrios también, agitaban las manos, gruñendo como puercos. Desde hacía largo tiempo que estaban divididos en dos bandos y compartían la enemistad de sus jefes.

—Perro! gritó Thaos.

Y dió á Peiros una bofetada en el rostro, de don-
manó la sangre en abundancia por boca y nariz. Peiros, cegado, empujó á Thaos que cayó hacia atrás, con las costillas rotas. Al punto los boyeros rivales se precipitaron unos sobre otros, cambiando injurias y golpes.

Meges y los reyes, en vano trataban de separar aquellas furias. Y hasta al mismo Oineo rechazaron á estos boyeros que un dios había privado de la razón. Las copas de bronce vuelan por todas partes. Los grandes huesos de los bueyes, las antorchas humeantes, las trípodes suben y caen sobre los combatientes..... Los cuerpos de los hombres ruedan sobre el hogar apagado, entre el vino de las odres reventadas.

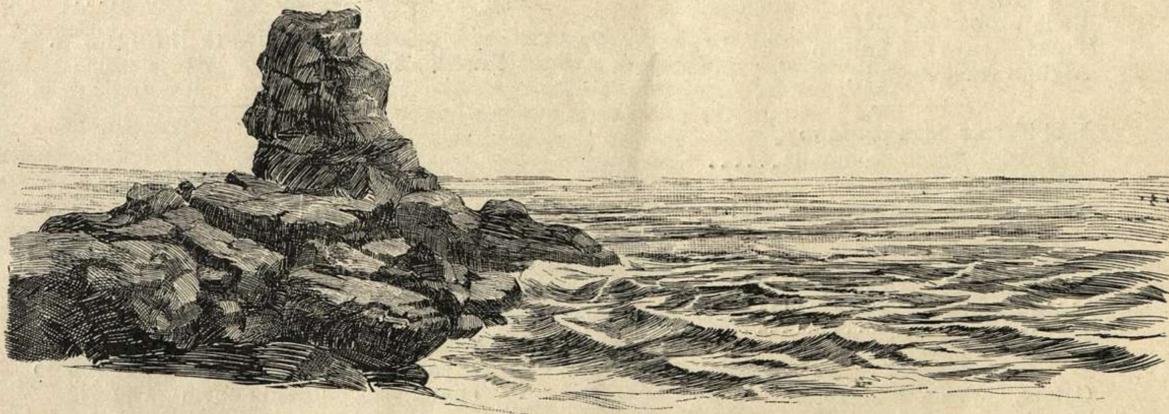
Una obscuridad profunda envuelve la sala, donde sólo se escuchan imprecaciones á los Dioses y lamentos de dolor. Los brazos empuñan furiosamente los ardientes leños y los lanzan en las tinieblas. Un tizón inflamado hiere en la frente al cantor que permanece de pie, mudo é inmóvil.

Entonces, con una voz más grande que todos los ruidos del combate, maldice esta casa y á sus hombres impíos. Después, apretando la lira contra su pecho, sale de la morada y se encamina hacia el mar, á lo largo del alto promontorio. A su cólera, sucede una gran lasitud y un profundo disgusto de los hombres y la vida.

El deseo de unirse con los Dioses llenó su pecho.

Una sombra dulce, un silencio religioso y la paz de la noche, envolvían todas las cosas. Allá en el Occidente, por las regiones donde se dice que flotan las sombras de los muertos, la luna divina, suspendida en el límpido cielo, sembraba de argentadas flores la sonora mar. Y el viejo Homero avanzó sobre el alto promontorio hasta que le faltó bajo los pies la tierra que lo había sostenido tantos años.

ANATOLE FRANCE.



DE "PERLAS NEGRAS."

En las noches de Abril, mansas y bellas,
en tanto que recuerdas ó meditas,
ascienden al azul las margaritas,
y se truecan en pálidas estrellas.

Cuando el sol en las mares infinitas
del orto desparrama sus centellas,
descienden á los campos las estrellas
y se truecan en blancas margaritas.

Por eso, cuando llena de rubores
deshojas margaritas de alabastos,
auguran el olvido y los amores;
presienten el futuro: ¡han sido astros!
comprenden la pasión: ¡han sido flores!

AMADO NERVO.

RONDELES.

Al espíritu de ella.

I

Una fuga de Bach su melodía
desgranaba en las cuerdas del piano
y una risueña claridad nacía
de ignoto oriente en el confín lejano.

¡Y soñabas amor!..... tu alma sentía
el beso de los ángeles, y ufano
Bach rimaba su dulce melodía
en las sonoras cuerdas del piano.

Y vino el desencanto, la noche fría
cubrió con su negrura la selva, el llano;
y mientras tú llorabas, la luz moría
y Bach doliente y torvo temblar hacia
las vibradoras cuerdas de tu piano!

II

¡Fué un delirio! Los cambiantes de la luz estremeida
se quebraban en los rizos de su hermosa y blanca frente,
y la luz de su esperanza por el llanto ensombrecida
en su espíritu ya enfermo se apagaba lentamente.

¡Fué un ensueño! La miraba rebotando amor y vida
en las alas de un anhelo, cariñosa, sonriente,
y los nítidos fulgores de la luz estremeida
coronaban de reflejos la blancura de su frente.

¡Fué un recuerdo! Yo la miro de alba túnica ceñida
en el fondo de mi alma, luminosa y esplendente;
¡Yo te adoro!—clamo— y ella sollozando entristecida
baña en lágrimas de amores la blancura de su frente
que coronan los cambiantes de la luz estremeida.

RAFAEL MARTINEZ RUBIO.

México, 1897.

LOS ULTIMOS VERSOS
DE JOSE M. BUSTILLOS.

¡SOLO!

(Inédita.)

La nube se extiende y baja,
La tempestad se aproxima
Y la soñolienta cima
Con la niebla se amortaja.

El maizal lánguido oscila,
Y se disuelve en el viento
El melancólico acento
Del milpero que vigila.

¡Todo en paz! ¡Todo cansado!....
¡Mas qué tristeza tan honda!....
¿Por qué gemirá la onda
Y por qué gemirá el prado?

¿Quién perturba el sueño incierto
De esta tarde soberana?....
¡Del Hospital la campana
Que llora tocando á muerto!

Y amarillento y sombrío
El sol, se apaga entre tanto;
Y en la alcoba ¡cuánto llanto!
Y en las llanuras ¡qué frío!

Y llueve... llueve! Las gotas
Caen con triste chasquido,
Y mueren la flor y el nido
Entre las frondas ignotas.

Con un buril invisible,
En la pizarra del cielo,
Traza el rayo con anhelo
Alguna frase ilegible.

Y el Temor llega pausado
Y la Angustia lo acompaña.....
¡Allá tras de la montaña
Quién sabe que habrán pactado!

.....
.....
.....

Calma, corazón desierto,
Tu tempestad silenciosa.....
¡Ay, aún sigue la llorosa
Campana tocando á muerto!

¿Dónde estoy?..... ven y descansa
Junto á mi, Melancolía.....
¡En el cielo, murió el día!
¡En la tierra, mi esperanza!

JOSE M. BUSTILLOS.

LEJOS.

Lejos!... Ya no me miras ni te miro....
Tal se alejan las hojas en su giro
Llevadas por los vientos inclementes...
Mas no se apartan los que están ausentes:
Puede la luna unir con sus reflejos
A todos los que se aman desde lejos.
Yo te amaré por siempre con el mismo
Afán; y tú también en tu lirismo,
Evocarás mi imagen desde aquellas
Regiones. Así se aman las estrellas;
Y así las mariposas en su anhelo,
Sueñan subir para llegar al cielo.
¡Feliz quien lo que anhela nunca alcanza!
Ese podrá vivir con su esperanza.

.... No oiré tu voz desde esta lejanía
Ni tú tampoco escucharás la mía.

No todos los amores
Tienen, como la mar, dulces rumores:
Hay amores que viven ignorados,
Hay amores callados...

¡Oh! ¡salve! á quien enlaza con ternura
Lo que vive en silencio ó que murmura;
Al que lleva hacia el sol las golondrinas,
Al que junta la yedra con las ruinas!
¡Oh! tierno amor que en nuestro pecho existe
Con toda la dulzura de lo triste!
El me traerá tus gratos juramentos
Y llevará hacia tí mis pensamientos!

Los que ven, dos á dos, cruzar las aves
Por los abiertos horizontes suaves,
No han visto en su abandono y sus congojas
Al ave entre los árboles sin hojas....
Yo estaré así, cual ave entristecida
Que va, sola, cruzando por la vida.
Y allá... tu corazón, viudo y sombrío,
Que llora eternamente por el mío,
Vivirá del amor en el santuario
Cual un monje escondido y solitario....

MARIA ENRIQUETA.

Laredo, 1897.

DESALIENTO.

El camino antes fácil y espacioso
en áspera vereda se convierte;
parece que la luz que el día vierte
es reflejo de un cielo tormentoso;
para el ánimo inquieto no hay reposo
cuando sus golpes la enemiga suerte
redobla con furor, cuando la muerte
hiere traidoramente al valeroso.
Sin horizontes, la esperanza duda
y huye ante el temor toda alegría,
pues que la vida, en la batalla ruda,
su crepúsculo tiene y desconfía....
y teme al fin que tras la sombra muda
venga la eterna noche.... y nunca el día!

JOSE M. MATHEU.

LA SILENCIOSA.

I

Castillo de la Serraz, 14 de Mayo de 1857

Ha quince días que las autoridades federales nos internan en este viejo rincón perdido. Un mundo entero de republicanos é insubordinados: franceses, austriacos, venecianos, polacos, rusos. Están acuartelados con nosotros en las antiguas salas donde florecieron los señores de La Serraz y sus respetables veteranos. No se podría imaginar tiranía más encantadora. Los dos guardianes y los tres inofensivos gendarmes se desviven por sus cautivos. Están orgullosos de estas bravas gentes, y cuando salimos, la población de los alrededores nos saluda con muchas ceremonias. Porque salimos. Basta nuestra palabra para garantizar todas las licencias. Un día que no llegué á la hora de la cena, encontré melancólico al viejo guardián Mermoz.

—Ya estará frío el guiso, señor Durville, y mi mujer que se había excedido á sí misma preparándolo.....

Lo consolé de su pena y me prometí no volver á entrar después de las siete.

El país es una maravilla. Un lago fresco, claro, impresionable á los cambios del cielo como una criatura viviente; hermosos pastos donde suena todo el día una esquila de bronce; y en el horizonte cien montañas, verdes, violetas, nivosas, donde cada aurora y cada crepúsculo ejecutan una vasta, sutil y divina ópera de luz. Además, un tiempo hecho á propósito para hacer la vida amable y los sueños exquisitos y una hermosa sonrisa de Primavera donde revientan las primeras florecillas al borde del agua temblorosa.

Cuanto á mis compañeros, son casi todos agradables. Excepto dos ó tres fanáticos, de ese género sombrío que crean inquietudes de estómago ó de hígado, son todos hombres alegres, á ratos pendencieros, siempre charlatanes, y fastidiosos solamente en sus largas discusiones políticas.

Eso sí, todos decididos á «extrangular el último fraile con las entrañas del último rey» en teoría. Especialmente un gigante ruso, de cabeza de león, melena, ojos brillantes y voz furibunda que canta canciones terribles. Se les ahorcará, se les guillotinará, se les empalará, á la manera de aquellos guerreros australianos que durante tres días y tres noches enteros, juran romperse los brazos, romperse las piernas, romperse la cabeza, romperse la espalda, etc. etc. y acaban sencillamente haciendo las paces. Esperando la gran carnicería, el buen Rethnikoff devora cotidianamente diez libras de carne, dos docenas de huevos, un pan de cuatro libras, seis kilos de frutas y legumbres, bebe diez litros de vino y cerveza, se harta de té, y llena de gozo y admiración á los dos guardianes, á los inofensivos gendarmes y á las esposas de estos funcionarios, que lapida con propinas. Porque su familia posee cien leguas de bosques, tierras arables, y ríos que abundan en pesca en la pequeña Rusia.

27 de Mayo.

Han llegado dos nuevos prisioneros á la Serraz. El primero, el Doctor Ojetti, un veneciano afiliado al carbonarismo, y varias veces encerrado en los calabozos de Austria, es un buen viejo al modo de su país; vivaracho, seco, de ojos de tinieblas, aspecto simpático, palabra abundante perfumada de metáforas y superlativos, talento flexible, penetrante, claro, nutrido á la vez de ciencia, de arte y literaturas antiguas, entusiasta, lleno del sueño de la unidad italiana y siempre dispuesto á sacrificar su vida ó su libertad por sus creencias. El otro cautivo—cautiva:—la hija del Doctor admitida en la Serraz por favor especial, bajo la condición de vivir con las hijas del guardián Mermoz.

Francesca Ojetti es por todos puntos fascinadora. El día y la noche se escapan á la vez de sus bellos ojos color de amatista. Su tinte realiza la perfección de las más bellas pulpas en flor, y parece despedir luz como las rosas frescas de los Alpes; cada uno de sus ademanes acusa el cuidado que la naturaleza puso en perfeccionarla. Esta magnífica criatura es silenciosa. No se oye más que rara vez su voz en la que se adunan la pureza de los metales nobles y la suave entonación de las aguas corrientes. Es triste con esa tristeza en la que no se transparenta ninguna mordidez, sino más bien armonía de salud y gracia divina y fuerte. No evita la presencia ni la conversación de las gentes pero desanima á la almas frías y las desconcierta á su pesar. Acompaña á su padre á todas partes: á los patios, á los jardines del castillo, á los prados y á los bosques. Tiene seguramente por él un amor que confina con el culto.

Naturalmente, toda la banda de prisioneros permanece en éxtasis ante esta admirable veneciana. Rethnikoff se olvida delante de ella de sus cantos sanguinarios y de sus propósitos destructores. Los jóvenes ponen cara de Romeos y los viejos no pierden ninguno de sus ademanes. El doctor ha llegado á ser

por ello el soberano absoluto de la Serraz, pero, acostumbrado á estos halagos de reflejo no les da ninguna importancia. E ignoro por qué le agrado, por qué me he hecho su compañero de paseo y por qué son para mí el mejor apretón de manos del padre y algunas de las muy raras sonrisas de su hija.

Salimos los tres, después de mediodía, cuando el sol se dora, cuando las sombras de las montañas, de las hayas y de los pinos se acuestan sobre los pastos. Ojetti habla mucho. Su alma es un vivero de anécdotas, un depósito inagotable de recuerdos. Todo esto hormiguea, cintila, reluce, y hace ver en un instante mil siluetas de seres, mil acontecimientos, mil aspectos de alma. Ese hombre es el más maravilloso educador. No lanza una frase sin darle la agudeza, el adorno, el sabor que la hacen penetrar como un arma, agradar como una obra de arte, ó gustar como una golosina.

Francesca, en silencio, escucha. Nunca habla sino para responder. Nunca siente necesidad de expresar el goce ó la melancolía, la ternura que se reflejan en sus hermosos ojos según la anécdota oída, el gracejo celebrado ó las armonías de la luz entre las sombras temblorosas. Su alma me llena de suave inquietud. Quisiera conocerla, y á pesar de eso encuentro encanto en su misterio, y sin duda rechazaría yo á quien me ofreciera penetrar el secreto de aquella criatura. Es inteligente: sus respuestas son de una exactitud perfecta, de una concisión elegante, de un sabor á la vez tímido y audaz.

Yo no sueño más que con ella. Mi corazón se ha hecho insostenible. El universo es más grande. Me parece oír en mí el rumor de todos los siglos, de todas las dolorosas y magníficas generaciones que vivieron y murieron porque el amor fuese más bello, porque la historia de la esposa y del esposo fuese tan vasta, tan bella y tan armoniosa como los abismos estrellados del espacio.

18 de Junio.

Es verdad. Este misterio me encanta de preferencia. Los profundos ojos de amatista se iluminan al mirarme. Su sonrisa es confiada, en su bello rostro de luz mi llegada hace aparecer una cariñosa bienvenida. Cuando la veo á lo lejos mi corazón se llena de temor, pero ya cerca me sereno, como si estuviera al borde de un precipicio sembrado de frescos heliotropos. Y Francesca no hace esfuerzos para disimular su placer. Está ausente de sus ademanes todo asomo de coquetería. Manda en su belleza como un rey poderoso en su imperio. Ignora ó quiere ignorar toda seducción buscada, cuanto más que sería inútil. Tiene para conquistar y conservar las almas, su orgullo y la invencible fuerza de su silencio.

25 de Junio.

Al principio he saboreado, como un favor divino, esa alegría de bienvenida que sonreía en los labios de Francesca, pero ha llegado la angustia. La franqueza misma de la virgen se convierte en mi suplicio. Temo la separación que es lo peor que puede suceder á los amantes; esa cruel familiaridad que crea amistades, y aleja, prolongándose, toda esperanza de una afección más violenta. Aun podría yo resignarme á ella porque juzgo demasiado bello un destino donde se mezclara el amor de la maravillosa criatura. Pero lo siento, sé que Francesca no se casará nunca, sino que permanecerá siendo siempre la compañera—feliz y adicta—de su padre.

1.º de Julio.

Hemos ido hoy hasta la aldea de Los Llanos. La montaña está revestida de su gran traje deslumbrante: los bordadores eternos la siembran de vivas flores de frágiles pedúnculos, de pequeños resplandores, de zarzas ardientes que hallan su momento de gloria en el flanco áspero de la rosa, en los minúsculos jardines suspendidos, hechos del polvo de las piedras molidas átomo por átomo á través de los siglos. Las hayas suben como un ejército en batalla y los pinos tiemblan simultáneamente, con el mismo movimiento, al paso de la brisa de Estío.

Nos detuvimos al borde de un torrente ante los baños rugientes de las olas. Francesca pasó el puente y se puso á hacer un ligero croquis al esfumino.

Ojetti, interrumpiéndose en medio de su jardín de anécdotas, me dijo:

—Estáis pálido y triste, ¿no creéis poder confesaros conmigo?

Lo miré. Estaba sin aliento, sentía inmóviles mis arterias en el exceso de mi inquietud. Respondí:

—¿No podéis adivinar?

—No debo adivinar. Vuestra pena no será más dura por haber sido confiada. ¿No estáis seguro de mi simpatía?

Entonces hablé muy bajo. El me replicó muy tiernamente.

—Estoy de vuestra parte y tengo muchas esperanzas. Sin embargo, no quiero hacer pesar mi autoridad



en el destino de Francesca, porque tengo de masiado dominio sobre ella. ¿Queréis hablarle?

—Le hablaré.

Estaba lleno de terror. El misterio era más profundo, los frescos heliotropos parecían haberse marchitado al borde del abismo. En el momento que avanzaba hacia ella, sentí elevarse en mí la palabra del Gran Maestro: Abandonad toda esperanza. Y verdaderamente era la puerta del Infierno á donde llamaba yo cuando llegué al otro extremo del prado.

A mi llegada, Francesca dejó de dibujar, y levantó su rostro y sus ojos semiabstraídos por el trabajo. Conocí que no tenía idea ni presentimiento de lo que iba á decir, y me turbé más. Notó mi turbación y una sombra inquieta se extendió sobre su frente.

Le hablé temblando al principio, después ofreciéndole vehementemente mi vida. A medida que hablaba, palidecía Francesca, y cuando terminé, estaba ante mí con la cabeza inclinada, las manos trémulas, la divina boca contraída por una especie de horror. Guardaba silencio. Parecía no querer ni poder dar ninguna respuesta.

—¿Os he ofendido?

Respondió con esfuerzo:

—No me habéis ofendido.

—¿Puedo concebir esperanzas?

—No puedo responderos. Lo ignoro como ignoro todo mi porvenir.

Contesté humilde y desanimado:

—¿Es nada más ignorancia? ¿No es porque os desagrada?

—Por ahora no siento nada favorable ni desfavorable para vuestra persona.....

—Estáis mortalmente pálida, como si os dominara el horror.

Bajando sus ojos llenos de sombra:

—Os engañáis, contestó, no es horror sino temor.

III

12 de Julio.

Cada vez que me presento ante Francesca veo pasar por sus ojos la misma turbación. Sube á sus mejillas y desaparece una rápida palidez; cuando me tiende la mano la siento fría y trémula. Después se serena. Noto que vuelve su amistad y que mi compañía no le es desagradable, al menos cuando estamos los tres, cuando el doctor está con nosotros. En nuestros momentos de más intimidad, Francesca se aparta y mira á lo lejos. Es tan grande su malestar que estoy impregnado de él como de una atmósfera. Sufro con su sufrimiento. Yo mismo rompo esa mala influencia alejándome, y siento verdadero alivio cuando al fin se acerca Ojetti á nosotros y hace volver la claridad al rostro de su hija.

Mi pena es mortal. Roe mis noches, me entrega al pálido insomnio y á los largos ensueños siniestros de la sombra. El opio solamente puede alejar de mí tanta angustia; pero no siento por Francesca ni enojo ni rencor: mi prueba tiene algo de divina porque es un sacrificio que acepto, estoy presto á todas las inmola-ciones. Y mi amor crece con mi sufrimiento no por la contradicción y el instinto de lucha que son la base de estos sentimientos, sino porque mi sufrimiento es algo como una forma más alta de mi adoración.

He querido también evitarle mi presencia, pero Ojetti ha hecho esta resolución imposible. Como tiene verdadero afecto por mí, apenas me encierro ó

me aparto, me hace volver á su compañía. Una vez, había ido solo á la montaña. Divagaba tristemente á orillas de un hayal, cuando ví venir hacia mí á Francesca y al Doctor. El buen carbonero estaba triste y deshizo su tristeza en expansiones. En la animación del discurso llegó á decir:

—Dile, Francesca que es nuestro único consuelo en el destierro, dile que su presencia es nuestro goce.

Francesca, pálida como el hielo lejano, murmuró con voz quejumbrosa.

—Os lo suplico por mi padre.

17 de Julio.

Ha llegado un carbonero Milanés. Es vivo y gentil como Arlequín, con hermosos ojos que bailan en su rostro á manera de diamantes negros, una sonrisa que conquista todas las voluntades, graciosas anécdotas que ríen en los saraos, y el don de las lenguas que le permite hablar el francés tan agradablemente como el italiano. Unido á todo esto, un amor frenético á la Italia. Una lealtad y un alma entusiasta, pero alma peligrosa de los Lovelace, llena de ardor presente y de ternura fugitiva. Agrada al Doctor porque conoce á su familia, y hoy por hoy, somos cuatro para pasear por los prados cuando las sombras se hacen largas. Luigine marcha al lado de Francesca; el Doctor y yo le seguimos á algunos pasos.

En el fondo de mi ser busco los celos: están ausentes; si nacieran, desaparecería mi amor por la Silenciosa. En el exceso de mi pena me acontece desear que se levanten, y entonces observo á la pareja encantadora; miro los ademanes elegantes del Milanés, sus miradas que se vuelven con admiración hacia su compañera. Pero Luigini me parece tan lejano como el Monte-Rosa, su galantería tan frágil como las aristas arrastradas por la tempestad, y comprendo que nada, fuera de la ausencia y el tiempo, podrá combatir contra Francesca.

Ayer pensaba en esto, sentado en un tronco derribado, cerca de una fuente que saltaba de la roca. Cien especies de plantas florecían en mi alrededor. La tierra correspondía con llamas de calor y con perfumes el fuego del Gran-Astro. Una penumbra misteriosa de pureza envolvía todo; la humilde vida lucha tan afanosamente, cada brizna de hierba, cada hilo de musgo oculta tal energía, que me siento desfallecer. Era un paria ante una muchedumbre alegre; sentía sobre mí la sombra de los malos presagios que pierden los destinos, y la voz del Milanés y del Doctor, llegaban á mí como una ironía.

Mientras me abismaba en mi tristeza, Francesca escalaba la roca seguida de cerca por Luigini. Se detuvo un momento en el peñasco: el sol la rodeaba de un resplandor de gloria, se asemejaba así á una Virgen de Leonardo que dejó en mí, cuando era niño, un recuerdo de esos que no se borran nunca. Bajé la cabeza: cuando ellos desaparecieron, un sollozo invencible levantó mi pecho, y se llenaron de lágrimas mis ojos.

Estaba así hacía un minuto, cuando un paso ligero me hizo estremecer. Ví á Francesca en el extremo sur de la correntera. Se acercaba: al ver mis lágrimas pareció impresionarse, pero luego, con no sé que dureza que apareció en su boca, ella que no preguntaba nunca, me preguntó:

—¿Estáis celoso de Luigini?

Al principio la sorpresa me hizo enmudecer, pero luego con algo de cólera repuse:

—¡Pluguiera al ciclo que estuviere celoso! así quedaría curado de mi amor.

Se puso pálida, como el día de mi confesión, con el mismo temor retratado en las pupilas, y pasó silenciosa, á reunirse con su padre que nos llamaba.

IV

Soy libre. Las autoridades me han absuelto el 26 de Julio. Si me place, puedo otra vez conspirar contra las potencias amigas hasta volver á caer en el lazo, lo que no haré porque ya se ha entibado mucho mi ardor, cuanto más que no creo que el tirano sea derrocado por los medios de que disponemos. Más importantes acontecimientos restablecerán el equilibrio entre la fuerza y el derecho. Dos ó tres camaradas franceses se han aprovechado de la clemencia federal, y sólo nuestros amigos venecianos, polacos y milaneses siguen prisioneros. Yo rondo como un alma en pena en torno de la prisión. Al principio han pretendido los guardias ejecutar su consigna y desterrarme con todos, pero han acabado por permitirme algunas horas de visita, de manera que no me privo completamente del placer de oír á Retchnipoff que jura guillotinarlos, ahorcarlos y hasta echarlos en agua fuerte.

Mi tristeza es cada vez más terrible. Francesca continúa encerrada en su misterio, pero ¿qué me importa este misterio si no brilla en su fondo la esperanza?

5 de Agosto.

Nada ha cambiado. Voy á partir. No creo más que en el tiempo y en la ausencia, únicos médicos para el alma. Ojetti á quien consternó mi resolución, me dijo:



—No será más incurable vuestro mal si esperáis aún algunas semanas.

—Pero yo no puedo soportar más, me quedan muy pocas fuerzas, y vos no me dais ninguna esperanza. Ojetti no es diplomático como la mayor parte de sus compatriotas.

Guardó silencio, y luego, mientras lo veía tristemente:

—Habría jurado que os amaría, dijo, aún creía haber descubierto en ella una inclinación naciente, pero.....

—Sabéis que le inspiro una especie de terror.

—Sí, aunque no me lo explico; sería menester hablarle otra vez.

—Y ¿de qué queréis que le hable?

—Poco importa; de lo mismo. Pero sed elocuente y obligadla á que os responda.

Hemos atravesado el gran calvario siniestro que se extiende hasta más allá de los llanos. Se asemeja á un cementerio de titanes: en él, las cruces, las piedras, las enigmáticas piedras alternan con fosas profundas, y los ecos resuenan como antiguos clamores de agonía. A la salida del calvario hay una calzada ascendente de sabinos surgidos de las viejas edades. El Doctor se ha apartado con Luigini suplicándonos los esperemos; Francesca y yo hemos quedado solos en aquella catedral viviente. La inmovilidad y el silencio parecían confundirse con la luz, oía latir mi corazón y el suyo, y bruscamente le dije:

—He llegado al término de mi sufrimiento. Voy á partir, y he resuelto hablaros por última vez. El suplicio que he sufrido por el solo hecho de vuestra existencia, es bastante grande para que ahora soportéis que os ofrezca toda mi vida segura de que no amaré nunca á otra mujer. Hablo sin esperanza y casi por cumplir un deber—porque tenemos también deberes para con nosotros mismos,—tales como buscar una felicidad que debe hacernos mejores. Sé, Francesca, que si hubiera sido más noble, más digno, para obtener el goce inmenso de ser vuestro compañero; sé que semejante favor hubiera bastado á darme resignación en las peores pruebas, y bondad para mis enemigos. Pero yo no gozaré de esa gracia suprema, ni tampoco os guardaré rencor por ello, Francesca. Si fuerais responsable de las ternuras que puede despertar vuestra persona, sería tanto como hacerme responsable de vuestro nacimiento. Solamente os pido una mirada de piedad, y que me perdonéis si os han ofendido mis palabras.

Permaneció un momento sin contestar, hermosa como una Afrodita del silencio, inclinada la cabeza bajo sus largos cabellos de sombra; luego, llena de turbación, respondió:

—No me toca á mí, sino á vos perdonar. Estoy llena de remordimientos, me acuso de vuestra pena, daría algunos años de mi vida porque esto no hubiese sucedido. No dudéis que, en cualquier circunstancia, estoy dispuesta á un gran acto de reparación.

Y me tendió la mano, que yo no me atreví á llevar á mis labios.

—Adiós, Francesca; mañana, á la salida del sol, habré partido.

Se apoyó sobre un árbol, y balbució, como hablando consigo misma:

—No debo retenerlo.

V

7 de Agosto.

Ni he ensayado dormir: habría necesitado tomar opio en dosis peligrosa. Me he quedado en el balcón del chalet, mirando la noche y las torres de la Serraz, de pie entre las estrellas. La sombra, el estío y la montaña hacen más bellas las noches. Mis sentidos, sutilizados han gustado hasta agotarla, la amarga mezcla del esplendor y el sufrimiento. La muerte se abatía en mi pecho retumbante.

Las cimas confusas, las aguas palpitantes, los prados, los astros, todo parecía tomar la forma de una tumba. Experimentaba como una contracción del Universo, como una asfixia del Infinito.

Pero nunca me rebelé. Me resignaba á sufrir uno de esos grandes amores que hacen al amor más noble entre los hombres; me parecía que este dolor no era solitario ni egoísta y silenciosamente ofrecía mi sacrificio á otros seres.

El alba argentina escalaba los hielos; la brisa del lago se elevaba con la aurora; las aves amigas venían á reclamar su alimento; un compañero tomó mi equipaje, y me dirigí á otra ciudad. Pero antes quise pasar por el Calvario. Detenido cerca de los árboles donde hablé ayer con Francesca, y próximo á desfallecer, me apoyé donde ella se había apoyado. Cerré los ojos largamente.

Un estremecimiento de ramas me sacó de mi sueño, y ví el milagro: Francesca había venido. Me miraba con dulzura. Estaba llena de turbación, pero no de temor. Una lasitud encantadora azulaba sus párpados, y dije:

—¿Por qué queréis hacer mi partida más terrible?

Se sonrió; por primera vez ví aparecer en su rostro la malicia. Me respondió:

—No pudo vivir lejos de vos.

La vida, la gloria, el poder entraron en mí como la luz en las tinieblas.

Francesca añadió.

—No he sido culpable. Mi temor era real; más fuerte que mi alma. En vano he querido vencerlo. No hay tal vez criatura en el mundo á quien el amor sea más temible.

Tomé suavemente su mano, su pequeña mano que se sometió tierna, temblorosa y confiada.

—¿Y por qué teméis al amor?

Volvió su magnífico rostro hacia la selva:

—Porque sabía que me iba á confundir con la criatura que amaría; porque me debía entregar toda entera, lo mismo que mi esposo; porque, en fin, desde



este momento dejo de ser, no existo. Mi libertad ha muerto. Ya no soy más que vuestra esclava; desde ahora se hará vuestra voluntad y no la mía.

Y mientras descendíamos la colina, murmuraba y muy quedo:

—¡Ah! qué maravillosamente dulce es que en la breve aventura de nuestra vida, nuestro mayor anhelo no sea ni la gloria, ni la riqueza, ni el poder, sino una débil criatura, un rayo de luz, un rasgo, un contorno, algunos ademanes, y el ritmo de unos pasos.

J. H. ROSNY.



EL BANQUETE.

Cuando el maitre d'hotel—¡oh qué abdomen respetable, ceñido por el amplio chaleco de casimir! qué cara roja con patillas blancas! todo un par de Inglaterra, os lo aseguro;—cuando el maitre d'hotel abrió de par en par la puerta del salón, y dijo con voz de bajo cantante, sonora y respetuosa á la vez: «La señora Condesa está servida,» los invitados pusieron el sombrero en las consolas, los caballeros de mayor respeto ofrecieron el brazo á las damas y todos se dirigieron al comedor, silenciosos, casi abstraídos como en una procesión. La mesa resplandecía. Cuántas flores, cuántas luces! Cada invitado ocupa su sitio sin dificultad; no bien leía su nombre en la cartulina lustrosa, un lacayo con medias de seda llevaba hasta él una silla muelle y con la corona condal bordada en el respaldo. Sólo había quince invitados, ni más ni menos; cinco damas jóvenes escotadas y diez hombres de la aristocracia de la sangre ó del mérito que llevaban esa noche todas sus condecoraciones en honor de un diplomático extranjero, que se sentó á la derecha de la señora de la casa. Las medallas colgaban de las solapas, y dos ó tres casacas ostentaban placas de diamantes; en la pechera de un general, que llevaba corbata roja, se veía una gran cruz de Comendador. Por su parte las damas lucían todos los esplendores de sus joyeles.

La reunión era exquisita, elegante. Respirábase una atmósfera de completo bienestar en el comedor alto y ornamentado en los cuatro muros con grandes cuadros de naturalezas muertas en los que colgaban frutos, animales de caza y vituallas de todas clases. El servicio se hacía sin ruido; los lacayos parecían deslizarse en el suave pavimento y el escanciador daba el nombre de los vinos al oído de los invitados, en tono de confianza y como si les revelase un secreto del que pudiese depender acaso su vida.

Servida la sopa, un consomé suave y enérgico que llenaba el estómago de fuerza y juventud, comenzaron las conversaciones parciales. Sin duda hablaron primero de banalidades; pero cuánta urbanidad en los ademanes sobrios, qué benevolencia en las miradas y en las sonrisas. Después del Chateaux. Y quem se encendió el ingenio: los caballeros, viejos ó ya maduros en su mayor parte, todos notables por el nacimiento ó el talento, llenos de experiencia y de recuerdos, no deseaban sino entrar en conversación y la belleza de las mujeres allí reunidas, les inspiraba el deseo de brillar excitando rivalidades intelectuales. Las frases

brotaban de sus labios y se formaron grupos de dos y de tres que hablaban entre sí con vivacidad. Un viajero famoso, de tez bronceada, que acababa de volver del fondo de los desiertos, narraba sus aventuras en la caza del elefante, sin exageraciones y con tanta tranquilidad como si hablase de una batida de conejos. Un poco más lejos, la figura delicada con cabellos blancos de un ilustre sabio, se inclinaba hacia la condesa que lo escuchaba riendo, esbelta y rubia con sus ojos brillantes y atentos, y un aderezo de espléndidas esmeraldas en el pecho de belleza profesional parecida al de la Venus de Médicis.

El suntuoso banquete prometía ser también encantador. El fastidio, huésped frecuente de las fiestas mundanas, no tenía sitio en aquella mesa. Esos seres felices iban á pasar una hora deliciosa y á gozar por todos los poros y por todos los sentidos.

Y en aquella misma mesa, en el lugar más humilde, un hombre, joven aún, el menos distinguido, el más obscuro de los que allí había, un imaginativo y un soñador, uno de esos divagadores que tienen algo de poeta y algo de filósofo, permanecía en silencio.

Admitido en la alta sociedad gracias á su reputación de artista; aristócrata por naturaleza, aunque nada vanidoso, hijo del pueblo al que no olvidaba, aspiraba con voluptuosidad esa flor de civilización que se llama la buena sociedad; sentía más y mejor que cualquiera, cuán raro y selecto era este medio y todo lo que forma su encanto: la belleza de las mujeres, el ingenio de los hombres, el lujo de la vajilla y el vino blanco que humedecía sus labios; lo sentía y se regocijaba de que hubiese en el mundo un conjunto de cosas tan amables y armoniosas. Parecía sumergido en un baño de optimismo.

Creía bueno que hubiese, á lo menos algunas veces y en ciertos lugares de este triste mundo, seres casi felices, con tal que fuesen accesibles á la piedad, caritativos, y todos estos afortunados lo eran probablemente, ¿á quién podían hacerle mal? Oh bella y consoladora quimera, creer que la vida los hacía inmunes, que conservaban siempre ó casi siempre la luz dulce y alegre de la mirada, la sonrisa de la serenidad que había suprimido hasta donde es posible en su existencia, las necesidades deshonorosas y las miserias abyectas.

A esto había llegado el soñador en sus reflexiones, cuando el gallardo maitre d'hotel trajo solemnemen-

te en un gran plato de plata un rodaballo de dimensiones fabulosas, uno de esos peces enormes que sólo vemos en los cuadros antiguos que representan la pesca milatrosa, ó en las vitrinas de Cheveu ante los pilluel's azorados que se aplastan la nariz contra el cristal.

Cuando el soñador vió en su plato un pedazo del monstruoso rodaballo, el ligero olor marino provocó en su espíritu, inclinado á las correspondencias súbitas, el paisaje de costa bretona del pueblo miserable de pescadores, en donde se detuvo el otoño pasado hasta el equinoccio presenciando furiosas tempestades. Recordó la horrible noche en que no pudieron las barcas llegar á la orilla, aquella noche que pasó en el muelle entre los grupos de las mujeres consternadas, de pie y recibiendo los golpes de agua que empapaban su rostro, y el viento frío y furioso que casi le arrancaba la capa de los hombros. Qué vida la de estos pobres desdichados! Cuántas viudas había visto, jóvenes y viejas, que se cubrían para siempre con el manto negro y que salían al despuntar la aurora á ganar el pan—sólo el pan! trabajando rodeadas de sus hijos en las sardinerías, envueltas en el olor nauseabundo del aceite caliente, y veía en sus recuerdos la iglesia que coronaba el pueblo en la pendiente de la costa, aquella iglesia pintada de blanco para indicar á las barcas el paso de los arrecifes.

Recordaba también las piedras sepulcrales medio escondidas entre la hierba corta del cementerio, en muchas de las cuales se veía esta inscripción siniestra: *Muerto en el mar..... Muerto en el mar..... Muerto en el mar.....*

El enorme pez tenía el sabor más exquisito y lo sazónaba un jugo que indicaba los profundos conocimientos del cocinero del Sr. Conde, alumno sin duda de la cocina del Café Inglés. Hemos llegado en nuestra civilización á ver doctores en asados y bachilleres en salsas. Todos los invitados comían delicadamente y con apetito aunque sin hacer manifestaciones en favor del excepcional platillo, por buen tono y por el hábito de la alimentación exquisita.

El soñador casi no comía. Seguía pensando en los bretones, en los hombres de mar que habían pescado ese magnífico ejemplar. Recordaba el día que siguió al de la tempestad, la mañana lluviosa y gris, en que paseándose ante las ondas pesadas color de plomo, encontró y reconoció el cuerpo de aquel viejo marino, padre de familia, que había desaparecido tres días

antes, y que estaba oculto entre el fango de la playa, con los cabellos grises pegados al rostro y cubiertos de arena y de conchas.

Sintió un estremecimiento en el corazón; pero ya los lacayos se habían llevado los platos haciendo desaparecer los restos del enorme pez, y en tanto que servían otra cosa, los elegantes y frívolos invitados seguían su conversación. Ya el hambre se había aplacado y esto los animaba; hablaban con más abandono, sonreían y sus frases eran deliciosas.

El huésped silencioso sintió una tristeza infinita porque en su imaginación de soñador surgía la representación viva y dolorosa de todos los trabajos y penalidades que son necesarios para crear el bienestar de los escogidos.

Para que éstos pudiesen llevar un frac delgado en pleno Diciembre y para que sus mujeres tuviesen los brazos y el cuello desnudos, el colorífero saturaba la habitación con el calor de una mañana de primavera. Pero de dónde procede el calor? El condenado del país negro, el obrero subterráneo que vive en el infierno de las minas extrajo el combustible. Qué blanca, qué fresca es la piel de esa joven que ostenta victoriosamente su cuello que emerge del corpiño de seda. Quién ha tegido esa seda? La araña humana de Lyon, el obrero siempre inclinado sobre su eterna labor. Luce la dama elegante dos perlas admirables de opalina transparencia, y casi esféricas. La perla que tragó Cleopatra después de hacerla disolver en vinagre, y que no valía menos de diez mil sextercios, no era más pura. ¿Y sabe la dama elegante que allá en Ceylán, en los bancos periferos de Arippe los indios de la Compañía penetran á doce brazas de profundidad heroicamente, con un pie en el pesado estribo que los arrastra al fondo, y un cuchillo en la mano izquierda para defenderse de los tiburones?

¿Qué relación puede haber entre todas estas elegancias y todos estos refinamientos y el obrero tenebroso que escarva á cincuenta piés bajo tierra, y el tejedor deformado que trabaja ante la máquina, y el salvaje que se arroja al mar y á veces lo enrojece con su sangre? ¿Por qué pensará uno en cosas tan tristes y tan feas? Sin embargo, el soñador está perseguido

por su idea fija. Desmenuza sobre el mantel un pedazo de pan dorado, alimento de capricho, insignificante en una mesa tan lujosa, pero que hace pensar en la frase candorosa de la gran dama que hablaba de los miserables hambrientos: «si no tienen pan que coman pasteles.» Y este pan que procede como el pan del campesino, como el zoque del soldado, de la sementera de los campos, exige la labor paciente de muchos pobres.

El campesino ara, siembra y cosecha. Llevó su arado á las tierras húmedas, recibiendo en la espalda las frías agujas de la lluvia otoñal: en la noche, cuando amagaba la tempestad, despertaba temiendo por su sementera; temblaba al ver pasar las pesadas nubes violetas cargadas de granizo, y salió, seco y negro, del enorme trabajo y de los sudores de la siega.

Y cuando el viejo molinero, deformado por los reumatismos que le trajeron las brumas del río, envió la harina á París, los mocetones del mercado, cubiertos con sus grandes sombreros blancos llevaban los sacos en sus espaldas auchisimas, y la noche anterior los panaderos trabajaron hasta el alba.

Todos estos esfuerzos y todas estas penas se acumulaban en el pedazo de pan que desmenuzan las manos blancas y patricias. La obsesión se apodera del incorregible soñador. Del banquete magnífico sólo ve los sufrimientos humanos que ha costado, y cuando el escanciador le sirve un vaso de Chambertín, recuerda que ciertos obreros de las fábricas de vidrios se hacen físicos soplando las botellas.

Vamos, esto es ridículo. Así es el mundo. Un economista se reiría de sus escrúpulos; siempre habrá ricos y pobres del mismo modo que habrá siempre hombres erguidos y jorobados. ¿Acaso va á parar en socialista?

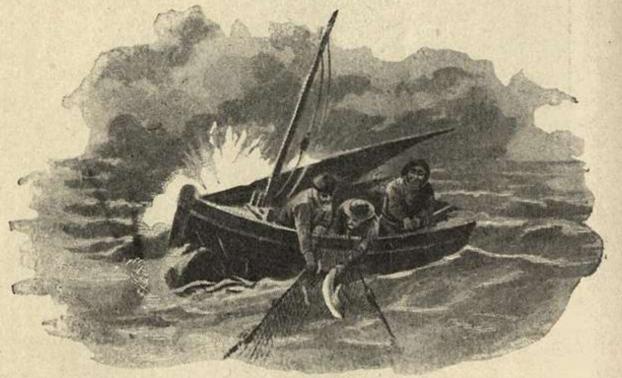
Los afortunados que se sientan á la mesa, no tienen privilegios injustos; no son favoritos vulgares del becerro de oro, advenedizos, egoístas y groseros. El gran señor que preside lleva honoríficamente un nombre unido á todas las glorias de Francia; el General de bigote gris es un héroe que dió una carga con la intrepidez de Murat en Rezonville; ese pintor y ese poeta trabajan con fidelidad en pro del arte y

de la belleza; ese quínic, hijo de sus obras, que empezó de mozo de farmacia y que ahora es una autoridad del mundo científico, todo lo debe á su genio, y por último, esas nobles damas son generosas y buenas y con valor discreto llegan á veces hasta el fondo de los mayores infortunios para aliviarlos. ¿Por qué esos seres excepcionales no han de tener goces excepcionales también?

El soñador se dice que ha sido injusto y que lo que ha pensado no es sino sofisma, bueno á lo sumo para un club de barrio; pero el banquete llega á su fin y mientras que los lacayos llenan por última vez las copas de Champagne, reina el silencio, los convidados sienten la fatiga de la digestión. El soñador los mira todos estos rostros que tienen una expresión de fatiga y de hartazgo que lo inquieta. Sin embargo, un sentimiento puro, inexpresable, pero lleno de amargura, protesta en el fondo de su corazón contra esos saciados, y cuando dejan al fin la mesa, repite en voz baja obstinadamente:

—Sí, están en su derecho... ¿Pero saben acaso que su lujo está amasado de miserias?... ¿Piensan alguna vez en esto?... ¿Piensan en esto tanto como deben pensar?.....

F. COPEE.



FRAGMENTO.

A Luis G. Urbina.

Si odiáis la sombra porque en ella duermen
Los que en la vida la impotencia abate,
Sabed que en ella se elabora el germen
De luz que en todo movimiento late.

La sombra da la fé. Su imagen muda
A nuestras almas en su seno embosca,
Cuando el dolor, al engendrar la duda,
Como una sierpe al corazón se enrosca.

Bajo el dosel de sus flotantes velos
Se evaporan las trágicas angustias,
Y á ella van á refugiar sus duelos
Las almas tristes y las frentes mustias.

Desde que el hombre á la existencia asoma
Siente doquiera palpitar su huella;
La vida en ella sus potencias toma,
Radia un momento y se disipa en ella.

¡Oh, no digáis que de su vientre obscuro
Surge la envidia y se levanta el odio;
Ni ella da al vicio su vagido impuro
Ni empuja al crimen el puñal de Harmodio.

Amad la sombra. Su expresión augusta
La saña cruel del sufrimiento aleja;
Ante ella toda tempestad se asusta,
Toda inquietud á su contacto ceja.

Ante el poder de su pupila inmensa
Arden y alumbran con fulgor de aurora,
Ya la razón cuando investiga y piensa,
O bien el alma cuando impreca y llora.

¡Oh amada sombra, tu sitial bendigo
Hoy que en tus naves con mis ansias bullo
Para que des á mi ideal tu abrigo
Y á mi convulsa inspiración tu arrullo.

Ya que las fuerzas de mi ser cautivas,
Paso el umbral de tus gloriosas puertas
Para encender mis esperanzas vivas
Y sepultar mis ilusiones muertas.

BENITO FENTANES.

Julio de 1899.

DEZIR.

[A la manera de Johan de Duenyas.]

Reina Venus, soberana
capitana
de deseos y pasiones,
en la tempestad humana
por tí mana
sangre de los corazones.
Una copa me dió el sino
y en ella bebí tu vino
y me embriagué de dolor,
pues me hizo experimentar
que en el vino del amor
hay la amargura del mar.

Dí al olvido el turbulento
sentimiento,
y hallé un sátiro ladino
que dió á mi labio sediento
nuevo aliento,
nueva copa y nuevo vino.
Y al llegar la primavera,
en mi roja sangre fiera
triple llama fué encendida:
yo al flamante amor entrego
la vendimia de mi vida
bajo pámpanos de fuego.

En la fruta misteriosa,
ámbar, rosa,
su deseo sacia el labio,
y en viva rosa se posa,
mariposa,
beso ardiente ó beso sabio.
¡Bien haya el sátiro griego
que me enseñó el dulce juego!
En el reino de mi aurora
no hay ayer, hoy ni mañana;
danzo las danzas de ahora
con la música pagana.

FFINIDA.

Bella á quien la suerte avara
ordenara
martirizarme á ternuras,
dió una negra perla rara
Luzbel para
tu diadema de locuras.

RUBEN DARIO.

Umbría.

(De Flores de humo.)

Con su manto escarlata de emperatriz gloriosa
se va la tarde, el cielo, todavía desierto,
muestra pálidas lilas en un fondo de rosa,
un vago color rosa, un triste rosa muerto.

Es la hora solemne, callada, misteriosa,
en que dan su perfume las flores de mi huerto,
cuando cae la sombra como ala pavorosa
melancólicamente sobre el paisaje yerto.

Porque mi alma vibra con la muda caricia
de las torvas tinieblas; es la hora propicia
de empollar el Ensueño que entusiasmo y alegría,
de abrir á las quimeras el mirífico broche
para que el Verso tienda las alas en la negra
desolación augusta de la pávida noche!

RAFAEL LOPEZ.

EN UN LIBRO.

Tienes ¡feliz! inspiración divina.
Ave que ama los boscajes nuevos;
En tu arpa de oro, sonora encina,
Colgó su nido y empolló sus huevos.

Marcha serena; aquel peñasco hirsuto
Que está circuido por doquier de abrojos;
Aquel manzano de oloroso fruto
Y flores que huyen como insectos rojos;

El rubio sol de claridad bermeja
Que de las nubes entre el humo vago
Al bajar á su tálamo semeja
Un luminoso y transparente lago,

Tu retorno verán; ya se derrumba
El altar de mis sueños; triste herido...
No vayas á buscarme hasta mi tumba,
Tras tanto insomnio... me hallarás dormido.

Ay! amar ya no puedo; mi alma enferma
Que fué campiña embalsamada, luego
Trocóse en soledad ardiente y yerma,
Del sol de mis dolores por el fuego.

ABEL C. SALAZAR.

PAGINAS DE LA MODA.

USO DEL AGUA FRIA

EN LAS

ENFERMEDADES CRONICAS.

Al emplear el agua fría como un medio terapéutico, debe ante todo tenerse presente el principio de que es el enfermo y no la enfermedad á lo que debe aplicarse el tratamiento. La idea fundamental de la hidroterapia lo mismo que la de todas las medidas racionales de tratamiento, es que la fuerza curativa reside en el cuerpo, y que el oficio del médico, secundado de auxiliares y de tópicos inteligentes y ejercitados, y con la cooperación del enfermo, se proporcionan aquellas condiciones que vengán á ayudar al cuerpo á combatir la enfermedad. Por esto es de la mayor importancia que el tratamiento que se emplea tenga por punto de partida el conocimiento de las causas que dieron primeramente origen al mal que aqueja al paciente. Estas consistirán las más veces en algunos errados métodos de vida, de los cuales el enfermo mismo puede no haberse dado cuenta absolutamente, á lo menos en lo que ve al carácter deletéreo de esos métodos.

Todos los casos de enfermedades crónicas pueden dividirse en globo en dos clases generales:

1. Aquellos en los cuales el asiento de la enfermedad está en una irritación local nacida de una acción mecánica ó de otro origen como el estrabismo, el catarro nasal, el del estómago, del hígado ó de la vejiga; ó en un defecto local, mecánico ó de estructura, como en la dilatación del estómago, en el prolapso del mismo órgano, en el caso de riñón flotante, de dislocación de los órganos de la pelvis ó de úlcera del estómago.

2. Aquellos que se deben á un estado constitucional como en la diabetes, en la obesidad, el envenenamiento crónico por el ácido úrico, la jaqueca, la neurastenia, la enfermedad de Bright, y las diversas degeneraciones.

Así, pues, para formarse una idea exacta del método adecuado que se debe seguir en el tratamiento de un caso dado, es necesario hacer un atento escrutinio de las causas de que ha provenido y del estado patológico que se tiene delante. En la digestión, por ejemplo, debemos examinar escrupulosamente, á fin de emplear las medidas apropiadas, si el enfermo tiene ó no apepsia, hipopepsia, hiperpepsia, ó simple dispepsia; y si existe ó no lo que se llama gastritis crónica ó subaguda; ó si la irritabilidad sensorial ó la motora está aumentada ó disminuida. Los insomnios pueden ser causados por una irritación local de cierta especie, ó por la toxemia crónica, por la anemia cerebral ó por la congestión. En presencia de una anemia, podemos atribuirle á la hemorragia consecuente á una herida, ó bien á una úlcera estomacal, á una operación quirúrgica, á una fiebre, á la tuberculosis, ó á la malaria, etc.

Antes de comenzar una serie de aplicaciones de agua fría, se debe hacer un minucioso examen sobre el estado en que se hallan el corazón, el sistema nervioso, el hígado, los riñones y otras vísceras, de manera que desde luego se puedan descubrir las contracciones y prescribirse un método adecuado. Es también importante cerciorarse en cada caso, por medio de algunos baños parciales fríos, de la potencia de reacción del enfermo. Nosotros hemos encontrado



FIG. 1.—ELEGANTE TOILETTE DE PASEO.

muy satisfactorio en la práctica el método siguiente:

Por medio de dos termómetros de superficie que registren con perfecta igualdad, se toma del modo ordinario la temperatura de los dos brazos. A falta de termómetros de superficie, puede usarse un termómetro ordinario de calentura, poniéndolo en el doblez del codo y conservando el antebrazo en estado de flexión. Entonces se coloca el brazo derecho en agua á la temperatura de cerca de 50 grados Fahr., durante treinta segundos. El antebrazo y la parte que sea posible del brazo, deben meterse en el baño. Se tendrá cuidado de anotar hasta qué grado baja la temperatura y el tiempo que se requiere para que vuelva el brazo á su temperatura normal. La carne de gallina ó sarpullido y otras indicaciones de resfrío deben anotarse cuidadosamente.

Obsérvese el tiempo requerido para la desaparición de la carne de gallina, para la reaparición del color natural y para que se recobre la temperatura normal de la superficie, haciendo observaciones cada quince minutos. Si las condiciones normal de la piel vuelven

antes de quince minutos, puede admitirse que el enfermo tiene la potencia normal de reacción. Se debe recordar, sin embargo, que en algunos enfermos muy débiles puede haber energía nerviosa suficiente para reaccionar bien cuando la aplicación fría es de extensión limitada, más no la bastante para asegurar una reacción pronta y vigorosa cuando la aplicación se extiende á la superficie entera del cuerpo; en tales casos deben anotarse cuidadosamente los efectos producidos por el primer baño, y la prescripción debe acomodarse á las indicaciones así obtenidas.

Siempre que haya síntomas de reacción imperfecta, deben adoptarse las medidas necesarias para procurarla. Si la reacción es excesiva, deben emplearse recursos que estimulen menos fuertemente: esto es, (a) elevar la temperatura algunos grados; (b) substituir la dicha por una forma no percutiente de baño, como un baño frío de esponja, la sábana mojada ó la frotación con toalla, el baño de asiento, de inmersión ó de riego; (c) hacer que el ejercicio del enfermo, después del baño, sea menos violento; (d) hacer que el enfermo se abrigue menos en su cama, ó modificar de algún otro modo los medios de promover la reacción.

Después de aplicaciones cortas muy frías, nótese atentamente si la piel no toma el color rojo brillante que indica la reacción normal. Si la piel no reviste esta apariencia después de una vigorosa fricción, al cabo de un minuto ó menos, será entonces prudente hacer preceder la aplicación fría por la ducha caliente, de lluvia ó de chorro, por el baño caliente, por el baño de vapor ó alguna otra aplicación general caliente. Esta aplicación caliente debe hacerse durar de tres á cinco minutos, en seguida puede hacerse la aplicación fría, y puede asegurarse que habrá una buena reacción, aun en los enfermos cuyo poder de reacción del calor disminuye en gran manera la desagradable impresión de la aplicación fría, y al mismo tiempo promueve en alto grado la reacción circulatoria.

Cuanto más baja sea la temperatura del agua, más corta debe ser la aplicación. En las aplicaciones muy frías, el tiempo no debe pasar de uno á tres segundos.

Las aplicaciones frescas en forma de ducha, pueden prolongarse de cinco á quince segundos.

Las duchas tibias y calientes pueden prolongarse de cinco á quince segundos.

Las duchas tibias y calientes pueden prolongarse mucho más, especialmente cuando se hace uso de una presión moderada. La duración puede ser desde uno ó dos minutos hasta diez ó quince.

Las aplicaciones muy calientes deben ser de una duración moderada, rara vez de más de dos á cuatro minutos. Cuando se emplean para bajar la temperatura en la fiebre ó para aplacar una inflamación, se harán aplicaciones frescas que se prolongarán de quince á veinte minutos, ó pueden hacerse casi continuas si su temperatura es sólo pocos grados inferior á la del cuerpo.

El baño neutro puede continuarse tan largo tiempo como las circunstancias lo exijan. Puede hacerse prácticamente continuo por varios meses, si se tiene cuidado de arreglar la temperatura tan exactamente que la reacción técnica sea totalmente suprimida.

En general se debe tener como punto objetivo el enseñar progresivamente al enfermo á reaccionar en el agua á una temperatura tan baja como sea posible, bajando continuamente esta temperatura. Los efectos mejores y más duraderos se obtienen con aplicaciones cortas frecuentemente repetidas.

Las aplicaciones largas pueden resultar demasiado excitantes, produciendo una reacción demasiado fuerte; ó pueden ser sedativas ó debilitantes, y no tónicas. Esto es cierto, y sobre todo tratándose de personas extenuadas y anémicas, y de las que padecen de clorosis. En las personas extenuadas, la cantidad de combustible para la producción del calor es demasiado reducida, y la cantidad de oxígeno llevada en la sangre es inferior á la normal; de aquí resulta que las potencias productoras del calor están deficientes y se agotan fácilmente, de modo que una aplicación fría algo prolongada podría ocasionar una pérdida excesiva de calor, lo que se echaría de ver por el retardo de la reacción, por el calosfrío prolongado, ó por la frecuente ocurrencia de olas de frío después de la aplicación.

En las personas afectadas de agotamiento nervioso, especialmente, la aptitud de los centros nerviosos para reaccionar se agota pronto; de aquí la necesidad de que las aplicaciones sean esencialmente cortas.

J. H. KELLOGG, M. D.

Receta útil.

SOPA DE COLES CON PAN MORENO.

Después de haber quitado á las coles las hojas exteriores, se les mete en una cazuela con dos ó tres cucharadas de grasa de gallina ó de pato, ó á falta de estas, con la misma cantidad de manteca de puerco muy blanca. Se le hace tomar color á un fuego muy vivo dándole vueltas continuamente, para que las coles no se quemem.



FIG. 2.—TOILETTE DE PASEO.

Nuestros Grabados.

FIG. 1.—ELEGANTE TOILETTE DE PASEO.

Es de tafetán, estio princesa, con aplicación de galón de seda bordado, ancho, en bandas onduladas muy elegantes. Descote triangular muy severo.

FIG. 2.—TOILETTE DE PASEO.

De crepé de china, formando doble falda. La superior es una túnica con gran aplicación de bordado. En el cuerpo lleva un fichú de forma muy elegante, abierta sobre un plastrón bordado que remonta en cuello recto.

FIG. 3.—TOILETTE DE PASEO.

Está compuesta de una falda de piqué diagonal muy fino, completamente lisa, y de una blusa de muselina plissé alternada con cadenilla de seda. Lleva un corselete del mismo piqué; refactura muy sencilla con sobrecuello fijado por dos botones fantasía.

FIG. 4.—MANTELETA DE DAMA.

Es de muselina de seda negra, en forma de fichú con grandes imitaciones de flecos á ambos lados. Cae sobre la falda en dos tiras anchas y bordadas que bajan hasta la parte inferior. Cuello muy elegante, drapado con un gran lazo que se enreda graciosamente á la izquierda.

OTRO PAGO DE \$2,217 DE "LA MUTUA" EN MEXICO, D. F.

Timbres por valor de \$2. 22 cs. debidamente cancelados.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de \$2,217.00:cs. plata mexicana en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza saldada número 643,672, bajo la cual estubo asegurado mi finado esposo D. Fernando de Trueba, y para la debida constancia en mi carácter de cesionaria y albacea testamentaria del finado, extendiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en México, D. F., á 3 de Junio de 1899.

Firmado.—MARIA L. DE TRUEBA.—Rúbrica.

Un timbre de 50 cs. debidamente cancelado.
Agustín Avendaño, Notario Público.

Certifica y da fe: que la firma que antecede y dice María L. de Trueba, es de la señora cuyo nombre se expresa, á quien el infrascripto conoce y es albacea de la testamentaria del señor su esposo D. Fernando de Trueba. A pedimento de la señora citada, y para los usos á que haya lugar en derecho, extendiendo la presente en México, á 3 de Junio de 1899.

Firmado.—AGUSTIN AVENDAÑO, Notario Público.—Rúbrica.

La Colegiata de Guadalupe.

«Habiendo probado la gran ventaja y naturalidad de la «Dentadura Automática» (invención de los Señores Doctores Spyer,) con la cual mastico perfectamente bien, sin molestia de ninguna clase y la cual se parece á la natural, y constándome la gran practica y buenos conocimientos de los Señores Spyer, les recomiendo á mis amigos y al público en general, y les estoy muy agradecido.»

Monseñor J. M. PEREZ LOPEZ,
Canónigo de la Colegiata de Santa María de Guadalupe, México.

No hay duda que la «Dentadura Automática» es la mejor que existe, como hace años ha dicho la prensa de toda la República, y miles de personas de todo México.

La Casa Dental de los Señores Doctores Spyer tiene más de 12 años de establecida en la Calle de la Palma número 3,—México, siendo la más acreditada de la República.



FIG. 3.—TOILETTE DE PASEO.



FIG. 4.—MANTELETA DE DAMA.